Crítica Magazine

AÑO II | BUENOS AIRES, Lunes 28 de Febrero de 1927 | No. 16



¡Qué triste es el Carnaval para quién se quedó sin compañero de baile!
Apunte de Arteche.

LA EMIGRADA



ERA uruguaya y acaso pariente de José Enrique Rodó, a quien llamaba familiarmente Pepe; y entre bocanadas de humo me confesó con toda fraudulencia que él usaba una galera llena de tierra.

¡10 de la noche, la dulce hora en que los riñones se descongestionan y uno eructa sin malicia los gases del espantoso guiso del hotel. En el fracaso del aire que se perdía entre los desceñidos pliegues de la cretona, su marido buscaba su nariz entre las planas de CRITICA, sexta.

—No me gustan sus piernas, —le dije con la rabia internacional del asiduo al Ba-Ta-Clán, — son otra cosa...

Se rió con la absoluta convicción de todas las mujeres ante mis frases, pero recató su falda. Había algo de madre frustrada en sus cuarenta años macizos y en sus vestidos teñidos seis veces.

Yo la hubiera amado con ese sentimiento agridulce que los onanistas sienten por las mujeres en cuyos brazos una pulsera de oro falso miente un sexo elevado.

Tenía la manía ambulatoria y poética, pero aun en su obstinado instinto de prostituta, ¡cuánta tristeza había, Cristo, Cristo-hombre que esperamos en vano y que nunca llegas!

Yo la había conocido en la grieta del día: un crepúsculo veloz en el trópico.

Un tití hacía muecas ministeriales encima de un chopo, cuyas ramas tenían la forma de los poemas modernistas. Me dolían los pies terriblemente, y el llanto de la lluvia ahupaba mi insobornable perramus con una insistencia de herido por los gases asfixiantes.

Era en esa tierra revolucionaria y negra. A veces llovía alquitrán, pero ninguna estrella, y entonces los negros surgían de los adoquines con la gracia esquiva de una banana desnudada de su amarilla camisa. Los cocos en fila eran cabezas románticas de senadores carlistas o de Hernanis orleanistas.

Era en aquel punto de ostracismo caluroso adonde me llevó el asco de los burgueses que subalquilan casas lacustres en la isla Maciel: ¡mi gloriosa cuna!

Estaba solo y nacionalista, con la aguda espina del tango que araba en el grasiento disco del recuerdo el micrófono de mi sensibilidad clavada en el vestíbulo del cinematógrafo de mi porteñismo.

Un agudo deseo de esclavizarme en el recuerdo: calendario festivo donde apuntalar la borracha noción de mi existencia, me hizo aullar en la rua do Ouvidor esta lamentable cacofonía:

—Y a sus plantas rendido un león.

La voz de ella me abrazó en plena calle.

—¡Gracias a Dios, un argentino!

Me llevó a su casa con su paraguas. Y tomamos mate en una tina con el estómago esponjoso de rabia. Le hablé mal de la revista "Nosotros", y con mi elocuencia feérica de Sarrasani invaginado, le hice un noble elogio de los ómnibus de doble piso.

Ella, con el rubor terciario de sus seis lustros confesados, me dió el encontronazo de una adorable confidencia.

—Adivino en Vd., un alma gemela. Mi abuelo era grande de España, compañero de Hernán Cortés y primo de Mazzarino, y a pesar de eso se llamaba como Vd. Hay conjunciones fatales... Maturana me habló un día del zodíaco...

—¿Maturana, don José de Maturana?

—¡Pobre José! Me amaba con la lagotería de los románticos tramposos que dan mala vida a sus legítimas consortes. Cuando yo vivía con mi abuelo, el grande de España, tenía una regia alcoba. Una cortina era el cendal que ocultaba mi inquietud. En esa cortina, José escribióme un alto verso. No lo recuerdo ya, pero causó sensación en su tiempo... ¿Vd. hace versos?

—Los hice con la desesperación inicial de los tonsurados ante una boca roja. Luego se metodiza la oficina lírica y la Underwood teclea en un verso con la misma cinta que imprimió una orden de desalojo.

¡La vida es un sainete!

—¡Vd. sufre, ¡Oh! pobre amigo!...

Me lloraron las glándulas lagrimales contra mi voluntad. Sentí que un sollozo de niño, solitario en el helado patio de un colegio de jesuitas, abría su blanca corola en mi garganta afónica por las mentiras y por los cigarros. Me ayudó a beber mis lágrimas con una inconsciente alegría de Samaritana con tacos Luis XV.

La amé por su gesto, pues mi lágrima corrió grotescamente el kool que agrandaba las márgenes del lago de sus ojos.

Dimos vueltas por su casa con el aburrimiento pesado del que vuelve de una juerga donde el vino lo puso sentimental. Admiré el negro techo de su cocina y el heroico desmantelamiento de su techo.

Me explicó una vaga historia de dinastías muertas. No le creí una palabra, pues la Instrucción Cívica dice que en América todo el mundo es republicano. Sólo el gato, viejo, estilizado y estatuario, daba una sensación de hogar. El mismo horror de los vestíbulos de los hoteles cosmopolitas desgajaba el papel de las habitaciones.

En mi recuerdo se bifurcan aun los dos detalles esenciales: su viejo retrato amarillo como mi salud, su viejo retrato dentellado por los perros, su viejo retrato de cuando tenía trece años y quizás el himen intacto y el perpetuo gotear de las canillas mal cerradas.

Me habló de modas con un gusto emigrado de los maniquíes, y yo le hablé de la Junta de Numismática e Historia, y nos entendimos admirablemente.

La amé porque nunca un gesto suyo me exigió la respuesta, y ahorré a su lado diez millones de palabra inútiles. Cada vez que pasaba un pájaro mosca por la terraza, yo le pegaba con goma diez o doce palabras, y el pájaro mosca huía trazando un poema futurista de la velocidad.

La amé porque nunca reprochó los puchos que dejaba encendidos encima del colchón. La amé porque dejó que mis pies se apoyaran en la mesa y que, con mi viejo cortaplumas que mi padre me trajo del Cabo de Hornos, me podara las uñas después de cenar.

La amé porque pegamos juntos, en el lomo dorado de mi vieja valija reumática, la magnífica e inédita etiqueta de globbe troter que ella me tejió con púas de recuerdos en el cañamazo de la nostalgia.

La amé porque una noche abrió con una alegría fingida, definitiva y cansada, su roja sombrilla de bolcheviqui sobre el lecho donde goteaban las rojas colgaduras de las tejas despintadas por la lluvia que venía de las antípodas a través de la tierra, encargada por mí, para la decoración banal de mi poema.

A su lado olvidé por diez horas mis diez años de empleado de escritorio y mi mano agujereadada por las columnas del DEBE y del HABER tuvo la gloriosa ocupación de escribir obscenidades en todos los muros de su casa, con perfiles torpes y acuciados que trasudaban mi santo horror por el 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 de la tabla pitagórica.

Cuando venía una visita, yo me ponía mi hipocresía como una gardenia en un frac vacío de Oscar Wilde.

Ella me presentaba como poeta, pero, ¡bendita entre todas las mujeres!, nunca me sugirió la idea de recitar mis versos.

Después, sólo, era el vagabundo literatizado que escupía en el suelo, orinaba en los cantos del comedor y hablaba de Nietzche y de Juana de Ibarborou.

Su marido era una sombra opaca y lejana y no del todo completa. Cuando el sol dió de lleno comprendí estupefacto que su risa era fisiológica, pues le faltaba la nariz. Por lo demás, era bueno y estúpido como el agua y como el pan.

Vivimos en las estaciones de los ferrocarriles, sentados distraidamente sobre nuestros baules, perdiendo siempre el último tren. Eramos los primeros en ver y en acabar de ver. Nuestra abulia nos agazapaba en los andenes de los trenes internacionales entregándonos al oscuro destino de los pasajes oficiales. Muchas veces nos ahuparon en el furgón como a equipaje sin dueño.

Vivimos en cien ciudades absurdas, pendientes del deseo de dormir. Cambiábamos de piel y de traje a medida que las ciudades se cambiaban de nosotros, y reconocíamos el sitio de nuestra definitiva deriva por el gusto variado de los coktails en los buffets de las estaciones ahogadas por las tinieblas:

Dulce — Río de Janeiro
Alegre — Porto Alegre
Bizco — Santos
Melaza — San Pablo

y así hasta Buenos Aires.

Cuando llegamos, llovía. Siempre llueve en mi recuerdo. Y en mi vida. No le hago un poema definitivo a la lluvia, para no hacerla cesar.

Hay un solo motivo que alcanza a disimular la rotativa de los días. Sentarse en un café desierto y navegar con la marcha de la multitud que chapotea bajo la lluvia. Todo lo demás es material fijo para los grandes editoriales. ¿Te acuerdas de aquel día de lluvia? Estábamos solos y te acurrucaste en mis brazos con el temblor plebeyo y acre de los esqueletos de los barriletes supliciados por el pampero en lo alto de los hilos telefónicos.

Tenías un corselete de escamas de centurión sobre el cual se enfriaban mis besos y se aceraba mi odio. Y recuerdo, con la gratitud del supliciado a quien abrevian los trámites administrativos de su muerte, el trágico encanto mortal de tus formas lamidas por la escrófula.

Desde este café antiguo de la ribera te nombro en voz alta.

La arenilla de las dársenas distantes guarda la huella sangrienta de tus pies andariegos, pálida emigrada que te llamas la Muerte y a quien amo silenciosamente, desesperadamente, con mis venas llenas de tinta y con mi boca obscena, torcida de palabras inútiles...

Nicolás OLIVARI.

EL NIÑO DEL DOLOR DE MUELAS



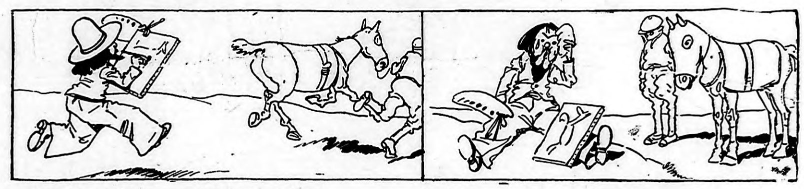
EL RETRATO DEL CRAK, por ROJAS



Pérez tenía un crak.

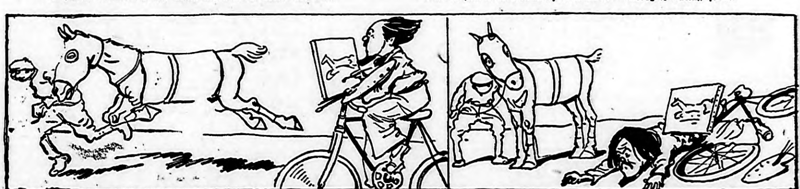
Y pérez llamó a un pintor para que retratárc el crak.

Lo quería corriendo.



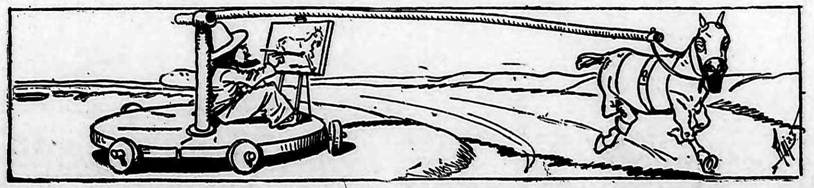
Y el pintor intentó hacerlo como desea ba el dueño del crak.

Pero el pintor se cansaba y además los huesos le hacían ¡crak!



Creyó haber resuelto el problema corrie ndo a la par del crak en una bicicleta.

Pero tampoco podía porque se le caían los pinceles, la tela y... la bi cicleta.



en esta forma quedando muy contento por ello el señor Pérez, dueño del crak.

TIPOS DE LA CIUDAD, por ARTECHE



RICARDO PALMA Y EL ESPIRITU DE LIMA

Por
Manuel Bengolea

UN encanto desconocido, una ráfaga de aire temperado, una moruna inclinación a la acidia voluptuosa, un lejano frescor de mar, una evidente comodidad de desembarco ¿cuá de estas razones decidió a los enviados de Pizarro a escoger el valle del cacique de Lima? ¿Fué alguna de estas causas exclusivamente, fueron todas en general? Siendo tan extenso el litoral del mar del Sur, pudo ser esta capital en San Gallán o adentro de Salaverry. Pero, indudablemente que el valle u hoyada del Rimac tuvo algún atractivo para el Capitán General.

La historia de Lima, su ambiente nemoroso y apacible, su voluptuosidad no comienzan, si hemos de ser verídicos, con Pizarro sino con Guismancu, ese olvidado e injustamente pretérido padre del limeñismo, ese primer limeño que en sus parlamentos con los quichúas, se mostró, al decir de aGrcilaso, tan gran diplomático y tan eminente y faterno antepasado nuestro. Al ser intimado suavemente a aceptar las instituciones nuevas y a compartir el auxilio y ayuda quechuas, no hizo resistencia, ni se indomitó su sangre templada, ni opuso armas y fortalezas como los chinchas, huancas y chimúes, sino que sonriendo volterianamente, mostró a los delegados incanos su complacencia por las sabias instituciones como lo hubiera hecho un simpático caballero limeño de hoy, dando "facilidades". Un culto prefecto o un ministro de ayer, no hubiera recibido mejor a un intelectual extranjero que quisiera visitarnos.

No sólo no hubo dificultad con la nueva religión, sino que presentida de tiempo atrás por Guismaru, cuando los incaicos vieron en Pachacamac el gran templo del sol apenas si hubo alguna modesta discrepancia litúrgica o formal, quedando los quechuas san asombrados como encantados de hallarse en casa propia. Una sola gota de sangre no derramó Guismancu de sus obedientes y biencriados súbditos, y los andinos evacuaron el país dejando sus presentes, sus vestidos y ninguna precripción ni leyes, porque de antemano cumplíalas tan avisado caudillo! ¡Dueño otra vez de sus tierras y valles, sin adaptación de leyes vestimentas y costumbres, ya que Guismancu les hizo ver que eran las mismas o casi las mismas! No se puede ver aquí el origen del agasajo, amabilidad y burlona índole de limeños y limeñas? Añadamos que, además, era un valle con buen acopio de aguas y de leña y que lo que hoy hasta hace poco son casas, plazuelas e iglesias, eran trigales, trigales que enrubiaban el suelo desde el pie pardo de los cerros hasta el linde azul del mar.

Palma y el virreynato—

La adolescencia de Palma trascurre en una Lima republicana ya y emancipada. Palma ha podido ser Segura. Al chocad de las espadas, se han olvidado las mitas y encomiendas: el antiguo mitimaj comienza a ser ciudadano. Es decir, podía haber comenzado a ser ciudadano, y no en vano han pesado tres siglos sobre la espalda de una sociedad. A pesar de los Presidentes, de los Congresos, de la vida "nacinal", de un himno patrio, de una bandera joven y ya gloriosa, ha quedado y queda aun el sello, el polvillo diseminado y a medias disipado de aquellos tiempos. La República hasta ayer apenas no era sino un bajo virreynato. ¿Quién ha sido el rimer presidente del Perú? No sé. Tal vez Piérola. Todos los antes, incluso el gran Castino fueron sin virreyes engreí- y de trazas más o menos blicana. Palma, siente, vive leno virreinatoñ Está ahí la l con zócalos de azulejos, la ía discreta, y cada torre y esquina como una evocay una traslucencia para los del poeta. Ama la cálida y muelle ciudad donde nace y al amarla, como amor es comprensión, trata de interpretarla, de esplicársela a los demás en un arranque expansivo.

La culpa de Palma—

Sus múltiples buscadas en crónicas, comentarios, consejas y leyendas, no son lo que para los demás representan. Una alma late tras esas puertas vetustas, un oidor mañoso y orgulloso, un trapacero sastre, una caprichuda e ingeniosa dama o aquella que restablece fueros conculados con ese espíritu equitativo de la mujer de prosapia. Esto de la prosapia, lo es todo para Ricardo Palma. Se diría que él encarna ya el espíritu de Lima, el espíritu añejo, amable y zumbón, delicado y estilizado, con malicies arábicas y habilidades manuales junto a prácticas devotas y ascetismos de convento.

Cómo se ha ido transformando la ciudad? ¿Cómo aquellos varones vestidos de terciopelo granate y aquellas damas enjovadas y próceres de las calesas — pensaría él — reviven a través de sus ropas republicanas. ¿Han ganado en el cambio? ¿Han perdido? Aquella provinciana y estricta oclusión de la Plaza Mayor para los toros y cañas, aquellos caballeros en blancos corceles que acompañaban al de Alba de Liste o al de Montes Claros seguidos de seiscientos pajes "cosa para ver" como dice el minucioso Josef de Mugaburo, apenas si reviven en las plumas de los aguacilles de Achoé de los trienta o más toros que se corrían en la Plaza Mayor con aparato de dominquejos y en jalmas, solo han quedado, para Palma y su tiempo, los ocho de las corridas de las bombas. La virreyna en los balcones, con su séquito de dueñas y damas, se ha repartido, en las galerías de Acho, en mil virreynas con blancas mantillas. Todo se ha ido desarrollando un poco nada más, pasando como de un estado incipiente a su estado, con la diferencia que lo que parece ser su forma definitiva vale quizás menos en aparato. Lima en el siglo XVI aprende a ser ciudad. Su cuerpo social hace tímidos ensayos y ora sin motivo, ora con él, imita faustos cortesanos que por entero la observen y la ocupan. ¿Por necesidad suya? No. Porque así es en la corte. Así desliza también algo de las propias necesidadesen aquellas fiestas que duran semanas; diríase que aparece lo peruano, solo que Palma no lo ve peruano sino perulero. Congrégase junto al virrey que es un virrey sol — el que trae la luz de la Corte, y mansamente lo sigue sin comprimir mucho la propia ideología dentro de los lóbulos cerebrales y aún creo que si esta empieza a eclosionar sin timidez en el siglo XVIII, al fulgor de la Enciclopedia no sea muy sinceramente.

Palma poeta—

Palma, ante todo poeta, idealiza la realidad y ¿cuál es la realidad que viste o encubre Palma bajo su zumbático y multicolor estilo? Lo mondo, lo pando de las cosas en una tierra sin lluvias; la endeblez de invernadero de hombres, animales y plantas que semejan más aclimatarse aquí que ser producto del suelo. ¿La raza española más aclimatarse aquí que ser producto del suelo? ¿La raza española al peruanizarse periclita en mestizaje o la raza indígena se platina mejor? Dudoso y peligroso es decidir. La ciudad que Palma no reviste sino silencia, es sucia, pobre, baroca, lánguida y oscura. Las estocadas ante la hornacina, de las calles de Toledo o Madrid, son a penas aquí taimados lances sin luz. Se distancian muchos estos lances: Don Melchor Malo provoca uno de ellos. Otros son como riñas de gallos humanos en que un quidam muere sin confesión de una estocada inhábil que lo atraviesa en sedal o lo tura por un ojo. En los arrabales se encuentran indios y negros cosidos a puñaladas como hoy lo podían ser a chavetazos, ensagrentando las aguas sucias de las cequias, medio comidos de cuervos. El mismo Virrey no conserva esas tiesuras de sota, con que aparece en los retratos, sino que se acriolla y entra en contemporizaciones con campanereros, pecheros, almojarifes, viles y truhanes. Tal bodegonero lo "pone en su sitio" con una repuesta: tal otro curíngano lo engaña; sostiene controversias con cabildantes y tahures y a veces venganzas mezquinas y astutas como un Luis XI criollo, algo lúbrico.



Pero, al conjuro de Palma, aparece aquella época con el prestigio de su indumento; aquella sociedad en formación, soñolienta, que traduce o mima a la de España en una tierra reseca y con reminiscencias manchegas, forma aquí un petite - cour, una corte con el Pardo y Versalles en miniaturas, aunque son muy otros elementos y las raíces que la nutren. Desde Pizarro al licenciado Gasca aquello es un perfecto y confuso sueño. Desde Hurtado de Mendosa ya no hay casi armas que hacer, la Colonia se ha asentado dejando en el fondo su plácido sustratum de hidalgos, damas e hidalgüelos criollos y por acriollarse. En los solares trazados, las familias viven tranquilamente engriendo oyendo sus propios rumores, reconsiderando más que considerando sus propias vidas y destinos. El indio se ha sometido al Corregidor, la sociedad se reparte equitativamente. Los unos a las mitas y encomiendas, los otros a la esclavitud y a los gremios. ¿Qué puede hacer una sociedad que tiene cerca a un fetiche representante de una autoridad lejana, una sociedad algo indolente, un si es no es glotona, ahita de fe del carbonero? Dejarse ir. Por eso vemos que la bellaquería en la Colonia tomó proporciones alarmantes. Lima es un vivero de bellacos. Fluír, remansar que es como se nos a pasar la vida lo mejor que se puede y entonces nacen las grandes fiestas. Todo es pretexto para ser solemnizado. La "muy limpia Concepción", la llegada de un Virrey, la de un Oidor, su muerte y enterramiento en San Francicso, el arribo de una nave, el nacimiento de un distante Príncipe, la partida de un galeón. La sociedad limeña de los siglos XVII y XVIII, vive entregada a los divertissements, palabra francesa que no puede traducirse con exactitud por la española diversiones. Todo parece espectacular, grandioso, coruscanto. El pueblo romano pedía pan y circo: el de Lima necesita toros y cañas, mojigangas y que llueva colación de los balcones. La realidad de estos hombres vista a través de Palma, resulta ingénua, pícara, a veces diabólica. El alma palmiana es como una bandera que marchando hacia adelante flamease para atrás convocando un mundo de corregidores, oidores, encomenderos, inquisidores, plateros, barberos, saca muelas, físicos y damiselas; con estandartes inquisitoriales, enjalmas, infladas calesas y dichos, hechos, sucedidos, desafíos, trampantojos, desaires clásicos, fraillerías rabelesianas, comidas a lo Camacho. Un mundo de truhanes, de Félix de Montemar criollo e incipientes, de orondas abadesas, mañosos, contestadores de ingenio, médicos heréticos, mulatos cirujanos, bellas revoltosas y criollitas que aún hoy revuelven la placidez de la vida y el orden de una República, ni platoniana ni de abejas, sin haber hecho más que trocar la saya y manto o el guarda infante por el organdí y la tumbaga por el reloj pulsera. ¿Qué hará esa sociedad sino reír? Reír y fruír. Fruír de la colación de la opulenta barrangana y la dama de ostentar algo, carrosa sayo o arracada que la ponga en el mismo rango que la Duquesa. Y esta fruición continuada que es la vida en todas partes, en la ciudad de los Reyes llega a ser perfecta cuando el tedium vitae no arrastra a sus hijos a locuras y despropósitos. Tienen otra acicate aún; violentar la norma casuista.

Palma intérprete—

De todo ello se hace intérprete Palma, con su zumbona ironía, que es la de él y también la del ambiente y la de las circunstancias. Yo no sé hasta qué punto haya Palma velado las realidades coloniales, pero es lo cierto que, a través de sus fantasías y relatos, se trasparenta; se tamiza, nuestra historia.

Hoy como ayer, ha tenido que existir un vivir consueto y mezquino, hoy como ayer no todo ha sido oropel y siempre ha habido morralla y miseria y hasta verguenza. Gana el chofer actual con ir a una cárcel más que el antiguo calesero con ser castigado con azotes? El indio desertor de hoy nos parece más prosaico porque lo juzgue con consejo de guerra cuando ayer se le degradaba con "cajas destempladas" en la Plaza Mayor? En la mecanógrafa o cajerita de hoy no puede vislumbrarse la antigna dama de compañía o la Cousine Bette de Coloniaje? El cartulario casi no se ha movido de su sitio tan encenagado y náufrago en papeles como antes, solo que el sello de la República decora esos papeles que no son papel de barbas y que van con sellos reales y prestigiosos lacres. "Como se vivía" es la primordial doctrina que se saca de la lectura de Palma. Sabemos el grado, el avance, de la sociedad. Si en el siglo XVII solo tenían coches el Virrey, el Arzobispo y unas cuantas familias, una real cédula permite en el siglo XVIII tantos que en Amancaes se cuentan hasta mil calesas. Comparemos la villa de hoy, sustituídos nuestros coches de punto gracias a franquicias de importación y facilidades de pago y baratura de mano de obra, con los innumerables autos cuyo ruido por las piedras ya no hacen creer en un temblor como antaño pero cuyas bocinas imitan el juicio final.

Lima, ciudad de leyenda

Lima es ciudad de leyenda y Palma la crea. Pero en Lima, por la índole de sus habitantes, por sus colonos se ha regularizado la vida y corre por un cauce soñoliento y tranquilo. La epopeya terminó, verdad que para renacer con los sucesos de la independencia, y así Palma es como el arroyo discursivo en que se mira, es como el remanso en que se retrata vagos perfiles. Ya él lo dice:

Ciudad medio española, medio morisca......

Ha debido decir que es más morisca que española y que en ella va ascendrándose lo sud americano con la introducción de libros franceses cladestinamente leídos, los cuales van preparando, a despecho de virreyes y curas, un mayor ensanche, una difusión más eficaz de los conocimientos humanos y convirtiendo en almas libres y democráticas ilusorias, escolástico latín y que escribían torcido, con falsa, pluma de ganso y con reglas caligráficas hieráticas, como los domines que las enseñaban.

La revolución y la república, todavía ocupan una buena parte de los trabajos de Palma, pero se nota en ellos la nostalgia del coloniaje. Cierto es que Bolívar y San Martín inspíranle magníficas páginas, pero aún en ellas, busca él el preciosismo de la época que su contetxura revolucionaria y prefiere narrar las horas de reposo y solaz de aquellos guerreros, que verlos desmelenados en la lucha, al frente de sus huestes gloriosas y sedientas, haciendo entrechocar sus espadas en las punas de Junín y en los cerros del "Condorcunca dondo" vino a estrellarse el dominio español en América.

La Práctica del Ciclismo en el País Adquiere Cada vez Mayor Difusión

La Realización de la Prueba Buenos Aires - Santa Fe, Iniciada Ayer Representa un Considerable Esfuerzo



José Cassero, del C. D. América



Cosme Saavedra, del C. C. Buenos Aires, que en forma excelente se adjudicó la primera etapa de la importante prueba que inició ayer.



Francisco Bombehi, del Club C. C. Nacional, que en esta prueba debutaba en la categoría de los ases, se clasificó segundo a sólo una máquina del interior.

DESPUES de la crisis operada en el deporte y en especial modo en el ciclismo, como consecuencia de la guerra europea, creyóse y no sin justificada razón, que sería extremadamente difícil, que la práctica del sport que hiciera célebre a Petit Bretón, adquiriera nuevamente entre nosotros la posición envidiable que ocupara hace ya muchos años.

No obstante el empeño puesto por un núcleo de entusiastas aficionados, encargóse de disipar, claro está que después de rudo batallar, aquella duda, y hoy se puede afirmar categóricamente que no ha de pasar mucho tiempo en que el ciclismo atraiga sobre sí la atención de la mayoría de los elementos aficionados a los deportes.

La realización de la carrera ciclista Buenos Aires - Santa Fe, iniciada ayer, bajo los mejores auspicios, prueba elocuentemente que en el país pueden efectuarse esas grandes competencias comunes en los países europeos, sobre todo en Italia y Francia, y que si bien en su primera disputa no alcanzó un número considerable de inscripciones, en una nueva oportunidad ha de superarse con facilidad.

De aquí que tenga tanta importancia la disputa de la citada prueba, cuya realización despertó en el ambiente un entusiasmo singular.

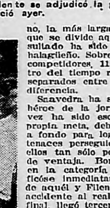
Si analizamos lo que representa recorrer en bicicleta 550 kilometros, que es la distancia comprendida entre esta ciudad y la de Santa Fe, podemos formarnos clara idea de lo meritorio del esfuerzo de nuestros bravos muchachos, sobre todo teniendo en cuenta la diferencia que existe entre los caminos del país y del extranjero.

En ese sentido cabe destacar la excelente performance cumplida por los corredores en la primer jornada de la mencionada prueba, disputada sobre el trayecto Buenos Aires - Pergamino, la más larga de las tres en que se divide aquélla y cuyo resultado ha sido verdaderamente halagüeño. Sobre un total de 15 competidores, 11 finalizaron dentro del tiempo reglamentario y separados entre sí por escasa diferencia.

Saavedra ha sido otra vez el héroe de la jornada, pero esta vez ha sido escoltado hasta la propia meta, debiendo emplearse a fondo para lograr batir a sus tenaces perseguidores, uno de ellos tan sólo por una máquina de ventaja. Bonbehi, debutante en la categoría superior, clasificóse inmediatamente después de aquél y Fileni, que sufrió un accidente al realizar el esfuerzo final, llegó tercero.

El cuarto puesto fué conquistado por un aficionado sanjuanino, Galiano Capraro, quien, además, fué el que ha dado movilidad a la prueba. Desde su iniciación frente a CRITICA hasta Carmen de Areco, el desarrollo fué realmente monótono, pero a partir de allí el entusiasta provinciano encargóse de violentar la marcha poniendo en aprietos a sus fuertes contendientes, los que recién pudieron librarse de dicho enemigo a sólo 10 kilometros de la meta.

En todos los puntos que comprendía el trayecto de la primera etapa de la extraordinaria competencia, esperaba el paso de la caravana de ciclistas y acompañantes una apreciable cantidad de personas que exteriorizaron abiertamente su simpatía hacia los bravos muchachos que haciendo caso omiso de las tradicionales fiestas carnestolendas pedaleaban sin cesar en procura de un triunfo, no sólo para satisfacción personal sino para prestigio del deporte que, repetimos, va adquiriendo cada vez mayor difusión.



El veterano Fernando Fileni, del Club C. C. Platense, que entró tercero.



Juan Salattino, del Club C. C. Unidos, que se clasificó octavo



Ramón Oliva, del C. A. Huracán, que se clasificó quinto.



José Sessana, del C. C. Federal, que entró sexto.



Adolfo Pompey, del Petit Breton

DATO INTERESANTE

Como resultado de los estudios hechos por el doctor Charles G. Abbot de The National Geographic Society, de las leyes de fluctuaciones en la radiación solar, se ha descubierto un excelente principio para pronosticar el tiempo a larga distancia. Créese que en breve el tiempo podrá determinarse anticipadamente del mismo modo que en la actualidad se determinan las mareas y los eclipses.

SATURNO

El día en Saturno dura diez horas y sus años son 29 veces más largo que los nuestros. Cada uno de sus años tiene 25,069 días. Su diámetro es diez veces mayor que el de la Tierra.

UN BUEN SUBSTITUTO

Ella. — ¡Ay de mí! Temo que no me amas con la dulzura de antes.

El. — Pero hija... ¿no te traigo todos los días un paquetito de caramelos?

UN GRAN PINTOR SUIZO: AUGUSTO GIACOMETTI

por E. Pettoruti



(LA MAGIA) fresco por Augusto Giacometti



LOS CARPINTEROS) fresco por Augusto Giacometti

MUCHOS argentinos tuvieron el gusto de conocer a este gran pintor-decorador suizo, y algunos fueron sus discípulos entre los años 1912 y 1915, en la "ciudad de las flores".

Por aquel entonces, Augusto Giacometti, trabajaba en obras encargadas por particulares y mercaderes de su patria, al mismo tiempo que en una academia libre del Viale Milton, dictaba clases de dibujo y pintura durante el día.

Dos veces a la semana, por la noche, comenzó a dar conferencias sobre "Composición", a las que asistí durante el mes y días que duraron, debiéndolas suspender por falta de "quórum", no obstante el entusiasmo con que se iniciaron. La noche que Giacometti me dió la mala noticia, porque fuí el único que había asistido, sonriendo, como es su costumbre, díjome: "no comprendo por qué la mayoría de estudiantes de pintura y escultura carecen de interés por la "Composición", o creerán que lo encontrarán todo compuesto?"

Augusto Giacometti es un hombre grande y sano, más grande y más sano aún es su alma de niño; venido de las montañas, tiene todas sus características: fuerza y franqueza; es un solitario que vive continuamente soñando; sueña con su obra, sueña con los colores que ama por sobre todas las cosas.

Joven, estudió y trabajó en Zurich, pasando los veranos en su casita de Stampa, donde nació; más tarde se marchó a la "ciudad luz"; allí fué discípulo, ayudante, y después colaborador de Eugenio Grasset.

Viajó por Alemania e Italia; en Florencia dedicóse con especial interés al estudio de los primitivos toscanos y todo cuanto concierne a la decoración de ese período.

Es un decorador en el sentido más auténtico de la palabra. Su pintura de caballete es simple y grandiosa, pero se ahoga en tan pequeñas dimensiones, es un artista que necesita amplios espacios para dar libre campo al desarrollo de su fantasía; todas sus creaciones parecen ser nacidas para ser vividas en esas grandes superficies planas.

En la decoración mural ha realizado obras que perdurarán a través del tiempo. Su composición es siempre muy equilibrada, a veces de tan equilibrada—matemática—poniendo de realce sus profundos conocimientos en tal materia; su colorido es sobrio y rico a la vez, con un blanco, con un negro y un rojo consigue efectos sorprendentes, del todo nuevos y de un gran refinamiento, porque una de las grandes cualidades de este exquisito colorista, es precisamente la de saberse retener.

Hace unos trece años, hizo para la iglesia de su pueblo, una "Anunciación" de grandes dimensiones, la que atrajo a muchísimos curiosos y recibió el aplauso de los entendidos; fué uno de los primeros trabajos con el que daba a conocer sus dotes excepcionales para la gran decoración.

A principios del año pasado—1926—dió fin a una de sus obras más importantes: los frescos de la "Ansthaus" en el estado de Zurich.

Giacometti obtuvo esa obra en el concurso que se realizó en la primavera del año 1922, al que se presentaron los mejores artistas suizos.

Para realizarla, luchó con grandes dificultades, porque las condiciones arquitectónicas no respondían a las exigencias de su obra.

Presentósele el problema de crear en el lugar una nueva orientación, y para ello debió afrontar muchos inconvenientes, con el agravante de la poca luz que había debajo de las bóvedas debido a la escasez de la altura de éstas. Para resolverlo, recurrió al contraste de los colores, no pudiendo hacer uso de una coloración fría, por la falta de luz; empleó el rojo escarlata para las bóvedas, y como color dominante, un rojo vivo luminosísimo, que debe brillar más aún, por el constraste con el amarillo de las figuras.

Las bóvedas fueron ejecutadas por varios artistas, bajo su dirección y con los cartones creados enteramente por él; los frescos que realizó en su totalidad, Giacometti, llenan seis paños de pared.

Conociendo una parte de su obra y sabiéndolo un gran colorista, no dudamos que el conjunto de la obra debe dar una sensación de esplendidez que resulta de la riqueza de matices. Pasa de un negro agudo a un verde dulce, atenuando algunas partes de los fondos que dan la sensación del juego de las nubes sobre una llanura en sol, con lo cual las bóvedas adquieren un movimiento ondulatorio, desapareciendo aquella sensación de pesadez y el efecto de la falta de altura y de luz.

Siguiendo la tradición de la gran pintura monumental, en los espacios del techo, que es de mucha importancia en esta clase de trabajos, es donde produjo las tonalidades más ricas, pues aunque las bóvedas dominen por la belleza de sus colores, toda la suntuosidad de la obra reside en la grandiosidad de la composición de sus figuras, logrando así la impresión de tranquilidad. Estas son de un amarillo rojizo, sobre fondos de colores oscuros, que armonizan con el techo, de este modo no hay interrupción entre el colorido de las paredes y el de las bóvedas equilibrando la composición con la serenidad de los colores.

La obra de Augusto Giacometti ha producido un aspecto del todo nuevo, dinamizando el ambiente.

Esta obra fué financiada por una subvención del cantón, por un fondo municipal, por donaciones privadas (tal cual sucede entre nosotros!...) y por un crédito municipal.

¡Gloria a Agusto Giacometti!

EL TESTAMENTO DE HERNAN CORTES

Ultima página del testamento de Hernán Cortés, encontrado por el sacerdote jesuita mejicano P. Mariano Cuevas, en el archivo de protocolos

JUPITER

Júpiter, tiene un diámetro diez veces mayor que el de la Tierra. El día allá tiene 9 horas de las nuestras y el año es doce veces más largo que el de la Tierra.

VENUS

Venus, el segundo de los planetas que giran alrededor del sol, tiene unas 2493 leguas de diámetro. El día allá tiene unas 23 horas y el año 224 días de los nuestros.

EL ARBO

por E. M. L.



DESPUES de un largo y pesado viaje, Vicent, el nuevo administrador, llegó al establecimiento colonial.

Los hombres al servicio de aquél le causaron una impresión deplorable. Estaban fatigados. Calculó que sería por efecto del clima. Indudablemente convenía a todos ellos remontarse un poco más hacia el Norte para que descansasen sus nervios y se refrescase su sangre.

El nuevo administrador llamó a los tres "boys" y al cocinero, y más tarde pasó revista al personal de la guarnición, compuesto de trece tiradores a las órdenes de un suboficial.

Pudo notar Vicent que los tiradores tenían mejor aspecto físico que los obreros y criados. Esto disipó un tanto la impresión del primer momento.

No estaba mal, totalmente mal, aquello....

* * *

La noticia de la llegada del nuevo administrador circuló con bastante rapidez, y, a poco, por todos los senderos que conducían al establecimiento empezaron a llegar ruidos de músicas bárbaras y cantos humanos.

Eran los jefes de los pueblos cercanos que, acompañados de sus hechiceros, ancianos de tribu y demás gente — entre la que figuraban los guerreros—, venían a rendir homenaje.

Vicent les esperaba en la puerta del establecimiento.

Bajo la intensa sombra de los grandes árboles, entre aquellas altas hierbas que crecían por doquiera, las pequeñas columnas caminaban con una gravedad un tanto cómica.

El establecimiento estaba construído sobre un montículo invadido por los áloes y los ricinos. En un rincón crecían enormes lises amarillos que dejaban escapar un pesado aroma; un poco más abajo, hacia el Este, ébanos y mangles bordeaban un afluente del gran río africano, que a algunas millas más adelante dejaba correr sus aguas cenagosas.

Desde el Norte hasta el Noreste se extendía un terreno cubierto por un matorral, que antecedía a una floresta lóbrega y espesa. Por el Sur veíanse unas llanuras, salpicadas aquí y allá por algunos grupos de árboles, entre los que se podía ver el techo de algunas cabañas, quedando más hacia el fondo los campos de arroz y de índigo, que formaban unos ricos tapices de múltiples tonos.

* * *

Habían partido las caravanas. Inmediatamente se puso a trabajar el administrador. La fiebre le había respetado hasta aquel momento, y se sentía lleno de ánimo, por más que el barómetro colgado en el exterior de la casa tuviera su columna de mercurio entre los 48 y 50 grados.

Aun no había transcurrido un mes, y ya se hallaba perfectamente al tanto de sus funciones y era dueño del negocio. Había devuelto la visita a los jefes de su sector, había recogido los impuestos y había hecho respetar por todas partes el pabellón que flotaba sobre el tejado del establecimiento.

Vivía bien: se podía vivir allí.

Una noche que la tormenta se desencadenaba, vertiendo entre relámpagos torrentes de agua, Vicent, que se había dedicado a husmear en el equipaje de su antecesor, tropezó con un cuaderno bastante voluminoso.

Al volver la primera página se quedó un tanto perplejo. Escrito en grandes caracteres amarillentos se destacaba, en medio de la blancura del papel, este título:

"Lo que hay en el bosque".

* * *

En el acto, y sin darse cuenta de la razón, tuvo como un convencimiento de que en aquellas páginas estaba el secreto de la misteriosa desaparición del administrador que le antecedió; desaparición sobre la cual se mostraban los negros silenciosos como tumbas.

En un principio se había creído en un asesinato; pero fué preciso descartar semejante hipótesis. En realidad los sucesos no permitían suponer otra cosa que no fuese una desaparición, aunque inexplicable.

Al descubrir el voluminoso cuaderno, Vicent tuvo la certeza de que había dado con la clave del misterio.

Se trataba de algo así como un "diario", escrito con escrupulosa puntualidad.

En él se especificaba el empleo del tiempo, día por día, hora por hora. Se historiaba un pasado sentimental, se recordaba un nombre de mujer y se hacían observaciones sobre meteorología e historia natural. Era un diario minucioso en detalles, la vida de un hombre complicada y simple a la vez.

Los rasgos de la escritura eran finos, sencillos, sin que denotasen ninguna nerviosidad.

Después de toda una historia sentimental y a continuación del título antes mencionado, el manuscrito decía:

"Acabo de descubrir la cosa más monstruosa que concebir se puede.

Desde hace mucho tiempo tenía la intención de recorrer la parte accesible del bosque, que se extiende del norte al este del establecimiento, con el fin de comenzar unos estudios sobre su fauna y flora.

Fuí a pedirle al jefe Adissa, del pueblo de Kanlope, un guía y algunos acompañantes; pero, con gran sorpresa mía, se me negaron.

—No hay guías ni acompañantes para el bosque; no los habrá jamás — me respondió el jefe.

A pesar de todo lo que he hecho y prometido para obtener lo que pedía, siempre se me contestó en la misma forma, y como en una ocasión me molestase, Adissa me dijo:

—Escucha comandante "tonab" (1). Soy tu amigo, como si hubiéramos tenido la misma madre; pero nunca vayas al bosque.

—Pues bien — le respondí, con la remota esperanza de que cediera a mis súplicas—; mañana iré.

El jefe, con un movimiento que le era familiar, recogió los pliegues de su "bou-bou" en torno de sus rodillas y tuvo un gesto parecido al que debió tener Poncio Pilatos diez y nueve siglos antes.

Al día siguiente mandé llamar al sargento del establecimiento:

—En cuanto el calor haya disminuído — le dije—, ensillarás nuestros caballos e iremos a dar una vuelta por el bosque.

El sargento esbozó un gesto de negativa, pero ante mi mirada no llegó a completarlo, contentándose con decirme:

—¿Cuándo el calor haya aminorado, verdad?

Y giró sobre sus talones, después de saludar, alejándose.

—Aquello debe estar lleno de reptiles — pensé —, y por eso infunde tanto miedo.

Persuadido de que tal era el peligro, preparé en mi jeringuilla de Pravaz inyecciones subcutáneas de cloruro de oro, algunas vendas y éter, y lo coloqué todo en un pequeño estuche. Preparé también una buena carabina de repetición y me proveí de un cuchillo de hoja ancha y muy fuerte capaz de cortar las lianas más resistentes.

Inmediatamente después de la siesta, un poco antes de las dos de la tarde, llamé al sargento. Teníamos aún cuatro horas de muy buena luz, y apenas si era necesaria una para llegar al bosque. Por lo tanto, no corría ningún peligro de que me sorprendiera la noche, que en estas regiones se echa encima sin crepúsculo que la anteceda.

El sargento tomó el fusil y el pequeño estuche, que le entregué sin decir una palabra; pero pude ver en la expresión de su rostro que lo hacía contra su voluntad.

Coloqué en los arzones de la silla dos botellas de agua mineral y di la señal de partida.

Durante un largo trecho fuímos acompañados de un tirador, que sabía cuidar de nuestros caballos.

Mientras andábamos intenté hacer hablar al sargento; pero me pareció que no sabía nada preciso y que sufría instintivamente el miedo que infundía el bosque, protegido contra la curiosidad humana por un espeso velo impenetrable.

Llegamos a la floresta después de haber franqueado los matorrales que la rodeaban, y ya en los linderos echamos pie a tierra.

Las cabalgaduras fueron colocadas a la sombra, y desde los primeros pasos que dimos bajo la tupida bóveda que lo árboles formaban, nos rodeó un silencio absoluto, interrumpido muy de cuando en cuando por el deslizamiento de algún animal o por el pesado vuelo de alguna ave.

Aquella soledad parecía tener algo misterioso y extraño.

Los árboles se elevaban al cielo, con un gesto potente, esparciendo sus ramas a una altura de treinta a cuarenta pies del suelo, del que partía un hálito tibio, favorecido por la humedad.

Comenzamos a encontrarnos fuertemente impresionados por el sombrío silencio. Avanzábamos con infinitas precauciones en medio de aquel hacinamiento de desechos vegetales, amontonados durante siglos.

El único ruido que se escuchaba era el de nuestros pasos sobre aquel terreno elástico. El sargento me seguía sin pronunciar una palabra — los negros son, por lo general, silenciosos.

El pesado aliento que se desprendía del suelo comenzaba a dificultarme la respiración, y ya pensaba en el regreso, cuando un olor insoportable me atacó la garganta y la nariz. Era una inconcebible peste de peste y de descomposición.

El abominable olor nos rodeaba, flotaba a nuestro alrededor, envolviéndonos; pero parecía venir del Oeste, y de un sitio próximo. Me dirigí inmediatamente hacia allí donde creía que se elevaba, siguiéndome el sargento, que parecía estar algo interesado.

Durante mucho tiempo vagamos, registrando el suelo con el cañón del fusil, con el cuchillo y, por último con una rama que tallé en punta... Pero no descubrimos nada. El olor venía por rachas, y en enseguida dejaba de percibirse. Era evidente que el cadáver de algún ser humano o de algún animal se hallaba en plena descomposición muy cerca de nosotros.

La hora avanzaba y tuvimos que tomar el camino de vuelta; pero para mí es evidente que estoy sobre las huellas del anterior administrador."

En este punto, Vicent, rendido de fatiga, interrumpió la lectura y cerró el libro.

Al día siguiente la reanudó. El manuscrito continuaba de esta manera:

"Regresé del bosque para tomar alimentos. He tenido que ir solo, porque el sargento, pretextando una herida en un pie — que supongo que se ha hecho intencionadamente—, no ha podido acompañarme.

HE DESCUBIERTO UNA COSA ABOMINABLE

Siguiendo mis huellas del día anterior, he llegado hasta el sitio en que interrumpí ayer mis pesquisas. Sea que yo distinguiera con más facilidad el detestable olor, en medio de las emanaciones de los vegetales, o sea que fuese más fuerte, la verdad es que me guió mejor.

Llegué primero a una especie de cuba natural, de la que no distinguía más que una parte (perdiéndose el resto entre los árboles), y cuyo fondo estaba ocupado por un estanque en donde se corrompían las aguas del último invierno.

El agua era casi negra y sin ninguna vegetación. ¡Entonces fué cuando la ví!... ¡Y no ví más que a Ella!...

Justamente un rayo de luz atravesaba la bóveda de verdura y venía a iluminar aquella "cosa".

Se erguía al pie de un enorme árbol moribundo, despojado de sus hojas, que dejaba pasar la luz que venía de arriba, atenuándola un poco. Los rayos del sol, al atravesar el hacinamiento de hojas y de palmas, toman una extraña coloración glauca; parecían amortiguados por un vidrio. Resplandor, más bien que luz; pero lo suficientemente fuerte para poner en evidencia aquella "cosa", ante la cual hube de retroceder por su aspecto repugnante y su asqueroso olor.

¡Era una planta! — esto es casi inconcebible y me resisto a escribirlo—. Era una planta..., ¿Qué otra cosa podía ser, si no una planta

Estaba coronada por un enorme fruto que tenía la forma de peridium de un gran hongo, sostenido por un tallo delgado y desproporcionado con el peso que debía soportar.

De lejos su tejido me pareció grosero, de una naturaleza rugosa, como la cáscara de las naranjas de Malta. El tallo era de un color de cuero, con manchas de un verde pálido, que parecían ser originadas por un musgo. En la base de este tallo se extendían en forma de estrella algunas ramas, o más bien tegumentos de

L OSARIO

un verde azulado y frisonados en los bordes, parecidos a hojas de alga.

La planta reposaba en el borde del agua, en una especie de recipiente en el que no crecía ninguna otra.

Algunos de sus tegumentos estaban extendidos sobre el suelo firme. Con mi bastón intenté levantar uno, pero estaba sólidamente adherido al terreno por un medio que no me fué posible descubrir. Apenas lo tocó mi bastón, sus bordes festoneados tuvieron algo así como unos estremecimientos espasmódicos muy lentos, casi imperceptibles. Este fenómeno es muy común entre las plantas de la familia de las "mimosas", y no me sorprendió. Animado por este descubrimiento, traté de clasificar la planta que tenía ante mis ojos. Debía, según pensaba, pertenecer a la ya citada familia de las mimosas "farnesiana", cuya flor es perfumada, pero cuyo tronco desprende un olor tan insoportable que le ha valido el nombre de "madera apestosa".

¿Cuántos años hacía que se encontraba en este sitio? Insondable misterio que ninguna deducción podría esclarecer.

Tratando de levantar uno de sus tegumentos, descubrí que estaba bañado en una especie de líquido de un color dudoso, blanco y amarillo, con cierta tonalidad azulosa. Todos los tegumentos flotaban en este líquido, que era más abundante en la base del tallo, en donde se extendía una masa viscosa, dejando escapar el nauseabundo olor de que ya he hablado.

Así era esta "cosa" espantable. Tendría aproximadamente un metro veinte centímetros de altura y otro tanto de circunferencia; pero los tegumentos que se extendían en torno de ella le daban un aspecto rechoncho.

Dirigiendo mis miradas a su alrededor, vi otros ejemplares dispersos bajo los árboles, en los bordes de las malsanas aguas del estanque; pero eran menos desarrolladas y parecían como abortadas y sin fuerzas.

Con la rama del árbol que me había proporcionado traté de llegar hasta el fruto, y, no logrando alcanzarlo, le arrojé un pedazo de madera podrida, que encontré a mis pies. El proyectil dió de lleno en la base del peridium y luego cayó entre los tegumentos. A la impresión del choque, bastante débil por cierto, la planta comenzó a sudar su líquido blancuzco que esparció un olor tan nauseabundo, tan penetrante, que tuve que dar algunos pasos hacia atrás. Pero vi al mismo tiempo que las ramas de las que ya he hablado y que tenían como cuatro dedos de ancho, se habían movido.

Sí, los tegumentos se habían movido. No crean los que lleguen a leer estas líneas que fuí víctima de una alucinación. Se habían levantado, por decirlo así, casi insensiblemente, pero lo bastante para que este movimiento me llamara la atención. Incrédulo, repetí mi primera tentativa y arrojé otro proyectil hasta el pie de la planta. Esta vez no tuve la menor duda: los tentáculos habían ejecutado nuevamente un movimiento de arriba hacia abajo, seguido de un estremecimiento de los bordes dentados, de los que cada tegumento estaba provisto.

¿Tratábase, pues, de un vegeto-animal monstruoso y todavía desconocido? (1).

Me propuse resolver el problema viniendo todos los días para sorprender, estudiar, dibujar y hasta fotografiar al monstruoso vegetal que se ofrecía a mi vista.

Pero comenzaba a hacerse tarde y además experimentaba desde hacía un rato un extraño dolor de cabeza que me nublaba la vista. Temiendo verme atacado por la fiebre y caer allí, sin la esperanza de recibir socorro, pues conocía la repugnancia de los negros a aproximarse al bosque, tomé el camino de regreso.

Al salir de la zona en que la peste de la planta se dejaba sentir en toda su intensidad, desapareció mi mal.

Una tormenta espantosa se desencadenó a las seis y duró dos horas. Había mandado a un "boy" para que invitase formalmente a Adissa a tomar unos "grogs" conmigo, mientras fumábamos unos cigarros, y llegó acompañado de sus dos hechiceros favoritos, apenas dejaron de caer las últimas gotas.

Después de los cumplidos de costumbre y de encender el primer cigarro, le conté mi excursión al bosque y le pregunté si conocía la extraña planta por mí descubierta.

Consintió en reconocer que se le había hablado de ella; pero manifestó pocos deseos de tratar este asunto.

Me afirmó que se trataba de un animal temible, que no era capaz de "cambiar de sitio", pero que adormecía a sus víctimas y se apoderaba de ellas, cuando se le acercaban, por medio de sus largos tentáculos. Su vecindad era tan peligrosa, que ningún ser viviente se le aproximaba. Los indígenas huían de él, prefiriendo dar grandes rodeos por el bosque, antes que cruzar por su lado; tanto por miedo a las enormes arañas que por allí abundaban, como al extaño monstruo inmóvil.

Adissa agregó una epecie de historia, a la cual no hice el menor caso. Sin embargo, recuerdo que hablaba de los dioses malignos que habitan el bosque, y de que ningún ser humano salía de él después de haber penetrado en su interior.

Todas estas historias —agregó— se remontaban a un tiempo muy lejano, cuando su tercer padre —es decir, su bisabuelo— no había nacido todavía. Ahora bien, Adissa tenía ya más de cincuenta años, lo que daba a la leyenda un origen de unos doscientos años bastante largos.

Por lo tanto, la planta era más que dos veces centenaria. Desde hacía mucho tiempo, nadie pasaba cerca de ella, y yo era el único que se había atrevido a violar su soledad.

Inmediatamente después de que el jefe se despidió de mí, preparé mi cámara fotográfica, y al día siguiente, una hora antes de la salida del sol, partí en dirección del bosque, dejando al cuidado de un tirador mi cabalgadura. Llegué frente a la planta y coloqué mi aparato fotográfico, enfocándola con todo cuidado, de manera que cuando llegase un rayo de luz a iluminarla, no tuviera más que hacer funcionar el obturador.

Había dormido profundamente, y, sin embargo, me sentía un poco amodorrado; pero esto debía ser a causa de unos granos de quinina que había tomado antes de acostarme. Esperando que reinara por completo la luz del día bajo la bóveda de los árboles, tomé mi álbum y mi caja de colores y, tras de un breve apunte, anoté todos los tonos de la planta con minuciosa exactitud.

Estaba trabajando con gran atención y sin hacer el menor movimiento, cuando un ruido me sacó de mi ensimismamiento. Un roce se dejaba sentir, roce que partía de un matorral espinoso situado a unos tres o cuatro metros de la planta, y a poco, un animal del género de la musaraña salió precipitadamente y como huyendo de un enemigo que aun no alcanzaba a ver yo; pero que apareció con una prontitud desconcertante.

Era una araña de la monstruosa familia de las Mygalas. Apenas parecía tocar el suelo con sus peladas patas; tal era la prisa con que se movía.

El pobre roedor perseguido seguía una línea recta, en tanto que la araña corría en línea diagonal, avanzando detrás de él, pero no muy lejos.

Me sorprendió esta maniobra de la astuta bestia, y más tarde pude comprender su táctica infernal, evidentemente razonada y que me llenó de admiración cuando vi los resultados.

La araña rechazaba al roedor en dirección a la nefasta planta, y éste ya estaba a punto de llegar a ella, buscando, probablemente, un refugio entre sus tegumentos, cuando dió un brusco giro a su carrera. Pero allí lo esperaba la araña. La espantosa bestia debía conocer el horror de los animales a la planta, y su sagacidad había colocado a su víctima entre ella y el otro peligro. El fin perseguido por la araña había sido logrado. No pudiendo ganar en la carrera al roedor, le había sitiado, dejándole la dolorosa disyuntiva de escoger entre la planta o ella. La araña iba a caer sobre su presa; pero el roedor, de un salto, se puso fuera de su alcance.

El salto debió estar mal calculado, porque la pequeña bestia perseguida fué a caer en medio del líquido espeso y blancuzco que se extendía en torno del tallo de la planta ¿Se había salvado el roedor? Lo vi inmóvil. Sólo sus ojos, sus ojos espantados, giraban en sus órbitas. De improviso la planta había emitido un olor más penetrante, sudando el líquido, que descendía a lo largo del tallo, por todos sus poros.

La araña se alejó. La vi desaparecer en el matorral de donde había salido. Abandonaba su presa.

Este pequeño drama me había hecho olvidar el objeto de mi expedición.

En esos momentos el sol deslizó uno de sus ardientes rayos, que fué a dar de lleno en la planta. Fuí a mi cámara y abrí el obturador. Y súbitamente me asaltó un enorme deseo de dormir y un fuerte dolor de cabeza, al mismo tiempo que sentía unas náuseas atroces.

Inquieto por este malestar, me dispuse a huir. Recogí mi cámara e iba a emprender la marcha cuando al dirigir una mirada al roedor para ver lo que había sido de su suerte, me detuve de nuevo.

La actitud de la bestia era singular. Su cuerpo, tan delicado, tan bonito, en medio de su envoltura gris, se agitaba en largos estremecimientos. Hice ruido para que huyera; pero vi con horror, después de dos o tres tentativas, que se encontraba aprisionada en el líquido blancuzco segregado por la planta, como si aquél hubiera sido goma o alquitrán.

Al mismo tiempo sentí una especie de vértigo, acompañado de una sed intensa. Tenía agua con bastante cantidad de ron en una botella de metal y bebí unos tragos. Al alejarme miré una vez más al pequeño roedor y vi que estaba muerto, incrustado en aquel líquido extraño y probablemente asfixiado por sus espantosas emanaciones.

Una cosa imposible de concebir, y, sin embargo, puedo jurar que digo en estas líneas la más completa verdad, es que toda la planta se movía.

Todo el sistema de tegumentos estaba en juego. Todos, extendidos en el suelo, se hallaban animados por un movimiento lento, pero imposible de negarse. Giraban como en torno de un pivote, convergiendo en el animal muerto. Bien pronto el cadáver se encontró cubierto por las ramas que podían alcanzarle y desapareció entre sus pliegues. Entonces aquellos tegumentos, que ya he dicho que se parecían a unas grandes algas, se hincharon, parecieron llenarse de un alimento extraído por un sistema de succión que no me era posible descubrir.

Estando ya muy próxima la puesta del sol, dejé el resto de mis observaciones para el día siguiente y tomé a toda prisa el camino que conduce al establecimiento, donde, apenas he llegado, consigno estas primeras impresiones.

Me encuentro muy preocupado. Estoy seguro de que nunca un cerebro humano, meditando sobre las luchas que se desarrollan a diario en nombre del derecho a la vida —sobre la tierra, en el aire o debajo del agua—; jamás, repito, un cerebro humano, puede llegar a concebir algo tan abominable com esto que permanece disimulado en el silencio de un bosque solitario.

No puede tratarse solamente de un verdadero ser que reconoce, como el carnicero, el valor del lazo que tiende a sus presas.

Y ese lazo, al que he visto funcionar, no debe ser único. Puede ser que los vértigos, el sueño y las náuseas que yo he sufrido sean otros tantos lazos.

Me llama grandemente la atención ese monstruo. Su fealdad es cautivante. Será preciso que poco a poco le llegue a conocer más íntimamente, que le dé un nombre, que describa sus costumbres, las emboscadas que tiende a sus presas... ¡Cómo se mostró desconfiada la araña!...

Mientras más escruto mis observaciones y las someto al análisis, más me convenzo de que la "cosa" pertenece al reino vegeto-animal desconocido. ¿Qué son, junto a ella, todas esas plantas que capturan insectos?..."

... ...

El manuscrito se detenía en este punto y fué inútil que Vicent buscara más en las siguientes páginas.

—

Según las fechas que vi en el documento, pude darme cuenta de que Vicent había tomado la pluma un mes después y había anotado también sus observaciones. He aquí lo que escribió:

"Mayo de 19...

He querido ir a ver lo que mi antecesor decía haber descubierto. Y he visto; estoy espantado. La planta, tal como la describió, continúa allí.

En el líquido infecto que baña sus raíces he podido descubrir, por medio de una larga pica, osamentas, cabellos y un par de zapatos de aquel que descubrió la planta.

Esto me da miedo, me infunde pavor. Es, seguramente, cuanto terror. Durante todos los minutos del día y de la noche la tengo en mis ojos..."

"Junio de 19...

El bosque arde. Un rayo cayó sobre él. Todo el horizonte, por Oeste, es presa de las llamas".

—

Tal es el manuscrito que descubrí en el establecimiento de Ilokó, Guinea francesa, cuando fuí a ocupar el puesto de Vicent, que murió a consecuencia de unas fiebres.

El bosque ya no existe.

R. PARPAGNOLI

LAUMANN

DE LA VIDA INTIMA DEL TURF

UNA FIJA QUE YO ME CORRI

por CORDON ROUGE



E dicho en mi crónica anterior que me precio de conocer la vida íntima de los profesionales porque la he vivido intensamente durante muchos años, sintiendo sus emociones, experimentando satisfacciones y compartiendo con ellos horas de zozobra y momentos de crueles decepciones. ¡Cuántas fijas me habré corrido en mi vida, fijas que se hacían al galope largo y sin susto ,tal cual se preveían muchas veces hasta con un mes de anticipación. No en vano — y esto que voy a decir es una verdad sacrosanta y desprovista de toda necia jactancia — la gente amiga acudía a mí los días de carreras y las vísperas, para demandarme el favor del dato. Lo sabían sincero a mi informe, y lo que es más, desprovisto de esa "dosis" interesada que suele llevar el que acostumbran a dar la gente que se cree con autoridad para hacerlo... Puedo declarar, sin ánimo de darme "corte" y también sin pecar de inmodesto, que hubo un tiempo, algo largo, en que, probablemente he sido el aficionado a las carreras que ha estado mejor vinculado a la gente profesional del turf — a la de élite me refiero — y por ende he sido el que ha tenido mejores informes de carreras, datos misteriosos, datos especiales, de esos que sólo trascienden cuando el número del ganador ha sido puesto en el marcador de llegada...

Cuando el zurdo Laborde era "as"...—

En la época de oro de nuestro turf, cuando Bronce, Espriela, Larrea, Mouchette, San Jorge, Elcano, Enero, Sibila y Baratieri, hacían retemblar con sus cascos voladores las pistas del primer hipódromo de Sud América. El zurdo Laborde era, como látigo, figura de primera magnitud y compartía con Torterolo los honores de la más prestigiosa popularidad. ¡Ah, tiempos lindos, viejo Laborde! Me parece verlo luchando denodadamente en los finales bravos y entusiastas del célebre Black Prince Iyapú y Contacto: y no me olvidaré nunca de sus legendarias atropelladas con ese alazán de oro, Amsterdam, a quien tantas ,veces allá en la patria chica, le aplicó el cimbronazo de su cuerda bordona endosada a la sotera del látigo, para que se estirara en un último esfuerzo; para que hiciera suyo y para la patria grande el galardón de la victoria en la Internacional maroñense.

Y bien, de ese zurdo bravo y tesonero, a quien era obra de romanos ganarle una carrera cuando había que definirla a rigor de látigo y talón, yo he sido amigo y la he pasado con él en tren de jaranón muchas veces, apilados en auto de remise en épocas que el andar en esa clase de vehículos era cosa reservada para los potentados... Yo tenía plata entonces, ese papel sucio que da personalidad, y podía permitirme licencias de toda índole, como ser: jugar muchos boletos a las carreras, comer en los mejores hoteles, pasear en un "landeau" — que entonces se consideraba "chic" — tirado por una yunta de hermosos alazanes, y tener traje de seda cruda y prismáticos para llevarlos al hipódromo y darme "pisto" de sportman... En fin, las he pasado bien dulce por cierto; así que por ley de compensación, ahora, si me toca la amarga, no deberé quejarme.

El zurdo me dió una vez una fija—

Recuerdo que era un día sábado. Habíamos regresado del Hipódromo Nacional, donde se realizara la reunión habitual de ese día de la semana. Nos habíamos corrido una fija con De Reské, fija imperdible, bien preparada y que no obstante eso, se nos chingó, finalizando segundo el regular hijo de Valero que defendía los simpáticos colores del stud Pocahontas, perteneciente a los hermanos Trelles. Arcuri había sido el piloto de De Reské. ¡Qué estrilo tenía Pancho Galera! Me parece que lo veo.

Sentados en una mesa del Hotel Biarritz cenábamos, Laborde, Arcuri y otro periodista amigo.

—¡Qué carera me han ganado, decía Arcuri! ¡Y en 2'17"!

Efectivamente. De Reské había sido vencido por Aeroplane pensionista del stud Hileret. E, que llevando la monta del "aviatore" Roco Romanelli, aquel pintoresco jockey italiano que nos visitó hace años, triunfara holgadamente marcando ese tiempo en los 2200 metros, considerado por entonces un record en las pruebas de handicaps...

Yo escuchaba lo que decía Arcuri y hacía "buchos" en silencio. Me había jugado 200 ganadores. De Reské ganando hubiera pagado 17 pesos con 50. 3500 pesos en suma hubiera representado la tragada. Pero la parte interesante de esa derrota está en que Aeroplane antes de ganar había sido dirigido por el jockey David Englander, sin obtener figuración en el marcador.

Hileret sospechando que el Jhony lo estaba corriendo el caballo de mala fe le quitó la monta el mismo día de la carrera, y en el Hipódromo lo buscó a Romanelli y lo apiló sobre el buen hijo de Ovación.

Aeroplane obtuvo como ya va dicho una magnífica y llamativa victoria, tan llamativa que los comisarios intervinieron inmediatamente retirándole la patente al jockey Englander.

Se dijo después que el vivo e inteligente jockey de Irigoyen y Primicio, había estado bombeado al caballo en cuestión con el propósito de inducir a Hileret a que lo vendiera por matungo para hacerlo comprar con un entraineur íntimo amigo suyo que todavía actúa en Palermo. Esa vez le salió el tiro por la culata al simpático Jhony. Lástima grande, porque Englander era habilísimo en eso de sacarles, con provecho, el jugo a los matungos buenos corredores. Aeroplane era de los que metían púa.

Había que jugar 1000 ganadores—

Bueno, volviendo al asunto de la fija y abreviando diré que Laborde cuando entramos en los postres de aquella cena "silenciosa", se encaró conmigo y me dijo:

—Para mañana le voy a dar una fija imperdible, amigo, para que se arme hasta los dientes. Le anticipo que no puedo perder de ninguna manera, tanto que si me ganan me dejaré de llamar Laborde.

—Veamos la fija, dije yo.

—Es Ermitaño. Juegue 1000 boletos. Yo respondo del éxito.

Y Laborde me comprometió formalmente para que me jugara esa cantidad de boletos.

Arcuri por su parte me dió el dato de Drapeau en la de potrillos perdedores, asegurándome que no le ganaba nadie. Drapeau pertenecía al stud Montiel y su monta iba a ser Modardo Bonilla.

Laborde y Arcuri que en aquel entonces eran inseparables se retiraron del Biarritz, quedando el amigo periodista y yo, conversando desde luego sobre el asunto de las fijas en perspectiva.

—Qué te parece..., ¿me jugaré los mil ganadores?, inquirí yo del amigo.

—Me resulta una arriesgada peligrosa — fué la respuesta que recibí.

—¿Por qué?—¿No es un buen candidato Ermitaño?

—Indudablemente, lo es, pero está Toreador, que le gana, y, además, el zurdo no anda muy derecho. Juégale a Ermitaño pero achica la parada, — fueron las palabras finales de mi amigo. Palabras que por cierto influyeron en mi ánimo y no jugué los 1000 boletos como se lo tenía prometido a Laborde.

Al día siguiente, en las carreras apostó 50 boletos a Drapeau, que ganó, pagando 14 pesos, el todo fué a Ermitaño en la cuarta, que también triunfó de acuerdo a las previsiones del Zurdo abonando 10 pesos con 10 centavos, cobrando yo en suma 3535 pesos importe de 350 boletos ganadores.

Esa misma noche nos reunimos en "La Sonámbula" con el Zurdo y no es para describir el disgusto que le causé saber que yo no había hecho las cosas tal cual las habíamos establecido la víspera.

—Pero amigo, me dijo todo indignado, ¡qué sabe ese infeliz de Fulano de fijas y de caballos! Y sobre todo, recalcó, ¿quién había trabajado a Ermitaño, Fulano o yo?

Efectivamente, muchas veces veces sucede que en las carreras se pierde la oportunidad de hacer una buena ganancia por culpa de los sabelotodo y charlatanes que allí abundan. Por eso yo, sonrío cuando veo a gente que se cree autorizada para dar fijas cuando ni siquiera conoce los portones del Hipódromo Argentino.

El dato es hoy una cosa de valor nulo: lo da el peluquero, el mozo de café, el vigilante de la esquina, el canillita que lo ha escuchado en la redacción y el charlatán profesional que infla el globo en la mesa de un boliche y lo lanza al aire para que corra velozmente a los cuatro vientos...

LOS DOS INSEPARABLES



L uno tiraba del otro a veces con blandura, a veces bruscamente, instándole a que prosiguiera la marcha. Habían caminado mucho, y ambos experimentaban el desaliento del cansancio, aunque eludían con igual ahinco el sonrojo de confesárselo mutuamente. Los dos eran jóvenes y animosos; los dos gozaban la fruición de explorar comarcas, de avanzar con el pecho hinchado como una vela, de internarse, igual que en un templo, en el dorado horizonte de los ortos y en el religioso azul de las nubes.

Eran amigos de siempre. Amigos de esos que no se separan nunca, lo mismo para afrontar las adversidades que para compartir las victorias. Con unanimidad de cariátides alzaban los brazos en busca de las pesadumbres, y con vigor de alas emprendían el vuelo. La gallofa y la buhonería de los caminos saludaban a la pareja, envidiando lo magnífico de su alianza, y en muchas leguas a la redonda, al cobijo de los porches y en lo recóndito de las madrigueras, hablábase de estos mozos a todas horas juntos, sin más impedimenta que su flácido zurrón ni más tesoro que sus erguidas frentes...

De los dos rapaces, el uno tenía azules y alegres los ojos, mientras los de su compañero relucían ágiles y tenebrosos como azabaches.

Esta dualidad constituía para ellos el sostén más firme de su avenencia, y, para el resto de las gentes, el espectáculo cautivador de su ambulante confraternidad. Ni dos relojes de rueda ni dos mariposas habrían ido jamás tan juntos por esos andurriales. Al ponerse el sol, las sombras de los nómades se fundían sobre el camino, formando una sola, larga y puntiaguda como una llama.

* *

La tierra por donde ahora iban avanzando subía cada vez un poco, multiplicando sus asperezas y acritudes. Chaparros retorcidos, como iracundos, brotaban a su paso; malezas invasoras y profusas rasgábanles los pies, ya a trechos ensangrentados; alimañas viscosas bullían por doquiera propalando una hostilidad de mal augurio. Los ojos azules de uno de los mancebos parecían no advertir tanto y tan copioso agravio. Las pupilas negras del otro caminante brillaban relucientes de pavor, descubriendo simas terribles en los amenos hoyos y tomando por vestigios lo que eran cándidos y victoriosos rosales.

—Ven por aquí —decretaba el de los ojos claros—. Mira qué hermosura de césped; diríase un tapiz bordado con los ojos aljófares de la aurora y los suspiros de las esmeraldas...

—Yo no voy por ahí —decía el compañero con tono sombrío. Debajo de tan mentirosa belleza están acechándonos el cieno, los inmundos réptiles ,la pestilencia del agua maldita e infecunda... ¿No lo ves?

—No lo veo, hermano. Ni quiero verlo. Desvía la mirada, y ven Sígueme.

Porfiaban aún, y hasta llegaban a forcejear. Al fin, el de los ojos negros obedecía. Más apenas habían dado unos pasos, la alfombra cedía falazmente, y los dos peregrinos veíanse rodeados de agua turbia y espesa, que amenazaba con anegarles del todo. Y de entre las briznas del herbazal surgía una irritada nube de escorpiones y cínifes, que les clavaban en la carne, el cauterio de sus picaduras y el aborrecimiento de sus acosos.

—¡Auxilio!, ¡misericordia!—clamaba con lastimero son el zagal de los ojos azules. —¿Qué hice yo, qué hicimos nosotros para que con tan cruel saña se nos engañase? ¡Dios mío, tú, que cuidas del gusano y de la nube, acórrenos! ¡Clemencia, Señor Omnipotente!

Pero el de los ojos negros se echaba a reír con ferocidad, aplicando sus fuerzas para librarse lo antes posible de la asquerosa cárcel del pantano. Y aullaba:

—La culpa la tienes tú, por confiado y simple. De nada recelas. Todo lo ves bello y seductor. ¿Cuándo, inocente, dejarás de confundir los vergeles con los eriales?

Callaba el compañero, más confuso que convencido. Y los ojos negros del receloso ardían con orgullo de hoguera.

Ya otra vez en la ruta, sus corazones, momentáneamente sosegados, les impelían a proseguir la marcha. Arrebolábanse las nubes; gorjeaban las aves; tendían su sombra, con dulzura de bendición, los árboles.

Y la tierra iba subiendo, subiendo como en busca de una cima esplendorosa. Los caminantes ahumados, jadeaban. El de los ojos azules miraba en torno suyo, reconciliándose con todas las fragancias y primores de la Naturaleza; el de los ojos negros, más cauto, se estremecía ante el vuelo de las aves rapaces y el gruñido de las contorsionadas frondas. Y a menudo, como el uno de ellos viese cosas que el otro no discernía, suscitaban una disputa interminable, pero que concluía pronto, porque, entre dos peregrinos tan bien hermanados como ellos, las desavenencias nunca suelen echar raíces.

Hacia el promedio de la cuesta, el de los ojos negros se detuvo repentinamente:

—Yo no paso de aquí. Un presentimiento obscuro me paraliza la sangre.

—¿Qué temes? — le preguntó el de los ojos azules.

—Temo que nos despeñemos. Al otro lado de esa embustera redondez del terreno hay un precipicio.

—Tú deliras, hermano. ¿Y esas flores? ¿No ves cómo nos llaman?

—Detrás de sus colores se recata la tiniebla de la tumba. Veo mejor que tú, con más nitidez y dominio. Yo no avanzo.

Y se dejó caer sobre los guijarros y las retamas.

El mozo de los ojos azules, alejándose de su lado, corrió hacia la misteriosa línea donde aquel camino parecía brindar los embelecos de la mutación. Y al llegar a ella, prorrumpió en gritos de júbilo:

—¡Ven, corre, ven! Bien suponía yo que te engañabas... ¡Mira qué paraíso!

Todavía hubo de insistir con nuevas exclamaciones alabanciosas para que el reacio se pusiera en pie. Cuando estuvo reunido con su camarada murmuró, atónito:

—En efecto: ¡qué maravilla! ¿Es esto un rincón del mundo o un pedazo de los cielos?

A sus pies, desde el mismo punto donde el promontorio llegara a su repentina culminación, derramábase la delicia de una dilatada vega fulgurante y olorosa. Bosquecillos de flores ardían como charcos de joyas, y miles de arroyuelos transparentes serpenteaban cantando con ebriedad de ruiseñores entre el terciopelo de la espesura. Todo el paisaje era un epinicio, una voluptuosidad.

—¿Lo ves? — dijo el joven de los ojos azules. — Esperabas un mal y te sorprende una magia.

—¿Y el escarmiento pasado? — refunfuñó su amigo, anheloso de justificarse.

Después, tras una pausa, exclamó más torvamente todavía:

—Aparte de que no estoy seguro de que lo que estamos viendo sea verdad evidente y auténtica, sino improvisación de tus ojos, a todas horas empeñados en inventar aliños donde sólo existen desabrimientos. Temo que el azul de tus miradas me haya hechizado para siempre, condenándome a ver el mundo como ellas quieran y manden.

Su interlocutor sonrió sin hiel.

—Baja conmigo, y examina, y palpa, y comprueba a tu antojo. Cuanto más certifiques, mejores galas añadirás a la honradez de mis ojos.

—Que alguna vez no me lo niegues, se equivocan.

—Como erraste tú en esta ocasión.

—Pero yo te prometí apreciar en su valor las realidades.

—Y yo hice que cuando eran enojosas no lo pareciesen.

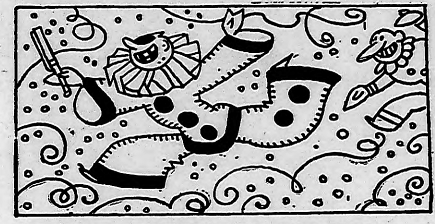
—Tus mentiras me llenan de alarmas el camino.

—Tus verdades me lo despojan de su fascinación...

E. RAMIREZ ANGEL

Hombres y Cosas de la Semana

MONITOS POR LINAGE



El Carnaval con su cortejo de algazaras, ruidos, músicas infernales y groserías.



Los bailes de máscaras, que deparan la ingrata sorpresa de haber bailado toda la noche con la cocinera.

El calor, que hace sudar tinta hasta a los que no son periodistas

El recio vasco Uzcudún, que logró imponerse ampliamente en su primer encuentro serio en la meta de las trom-

El simpático comandante De Pinedo, que por vía heróica nos trae un mensaje cordial de Italia.

El Santa María, la nave del nuevo Colón de los espacios

Larre Borges, el bravo uruguayo que viene pisándole los talones a De Pinedo

¿Por qué Supera el Varón a la Mujer en el Deporte?

La aptitud para los deportes y para establecer en ellos un "record" está condicionada en 3 factores: la forma del cuerpo, el perfecto desarrollo de los órganos y la constitución psíquicomental. La nota dominante en la figura del deportista es la estabilidad. La parte inferior del cuerpo debe ser más sólida y pesada que la superior. Esto no reza con el gimnasta de aparatos, quien debe tener fuertemente desarrollados el tórax y los brazos, y cortas las piernas. El éxito del deportista depende también — y muy especialmente — de la cualidad de sus órganos. El entrenamiento, la técnica ni la táctica pueden compensar ja más la calificación natural del contrincante, que en trances apurados se encumbra sobre sí mismo, como por ejemplo, en el caso de Peltzer. Las facultades mentales y el temperamento juegan muchas veces un papel decisivo. El hombre fogoso y de rápida resolución es un buen corredor en distancias cortas, se destaca en el salto largo y alto, descuella también en el deporte de remo y es, sobre todo, un pugilista muy peligroso. El hombre calmoso y reflexivo se distingue en todos los deportes, y el flemático suele ser el vencedor en los largos recorridos.

Con excepción del atletismo pesado (luchas greco-romanas, boxeo, pesas) constituyen hoy todos los deportes un campo de actividad para ambos sexos, y en todos ellos la mujer se ha mostrado inferior al varón. La disposición natural de la mujer ni su configuración externa están orientadas hacia los ejercicios físicos, mientras que el cuerpo del hombre parece estar predestinado a ellos. Ya el menor volúmen de los pulmones restringe la producción femenina por la insuficiente oxigenación de la sangre. A ello se suma el menor tamaño del corazón, que ni absolutamente ni con relación al peso del cuerpo alcanza el del corazón varonil. La inferioridad del tamaño tiene, naturalmente, su correlación en una inferioridad de fuerzas. Además hay que tener presente que por la fluctuación de sus funciones orgánicas y el cambiante estado de su ánimo la mujer resulta menos idónea para el deporte que el varón, aunque sólo fuera por la interrupción de la continuidad de los ejercicios.

Hay, sin embargo un ramo en que la mujer casi iguala al hombre, y este ramo es la natación. Hay varios momentos que la califican para este deporte: la mayor adiposidad del cuerpo femenino lo protege contra el frío y con ello contra la pérdida de fuerzas; precisamente en nados de larga duración la mujer apenas se muestra inferior al hombre. Esta abundancia del tejido adiposo y la mayor largura del tronco con relación a las piernas le dan en el agua una postura muy favorable para la economía de fuerzas. La cortedad relativa de sus piernas perjudica a la mujer en toda clase de carreras y saltos, favoreciéndola, empero, en ciertos ejercicios de destreza, como el patinaje artístico, por resultarle más fácil mantener el equilibrio del cuerpo. En cambio, la mujer es incapaz de competir con el hombre en los ejercicios que requieren brazos vigorozos. La fuerza femenina está concentrada en la musculatura que tiene sus puntos de inserción en la pelvis. No olvidemos tampoco que la psiquis femenina normalmente no propende a los recios ejercicios físicos.



Grupo de bailarinas: Aquí está en su elemento la mujer.



Una carrera de mujeres. La partida es muy desigual, por ser insuficiente en la mujer la capacidad de concentración mental

Carrera de varones. La partida se verifica con una simultaneidad...



El atleta: tipo varonil por excelencia.



EL HUMORISMO DEL MUNDO



La mujer (que va al baile de trajes disfrazada de gato). — ¡Andrés! ¡Un ratón!

(De "Passing Show", de Londres).



El reportero. — Venimos a ver a ese hombre honrado que devolvió a su dueño una cartera repleta de billetes...

La portera. — Ah, pues suban ustedes, que le encontrarán encima de una cómoda. Su mujer lo disecó ayer.

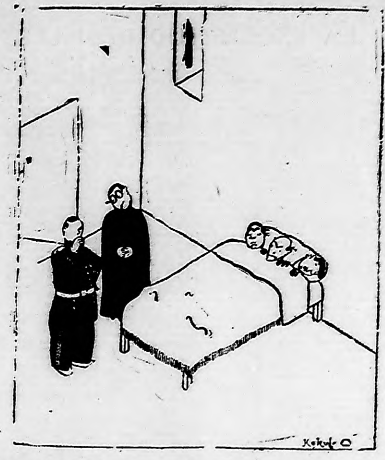


—Un día tiene usted que venir por la mañana, para verle en el baño... ¡Está para comérselo!
—Entonces no podré; soy vegetariano.



El marido. — ¡Qué vida! ¡Quisiera morirme!
La mujer. — Yo también.
—¿Sí?... ¡Entonces no quiero morirme!

(De "Péle Méle", de París).



EL DIRECTOR DE LA PRISION. — ¿Para qué mandó usted acostar a los condenados más feroces en un catre tan pequeño?

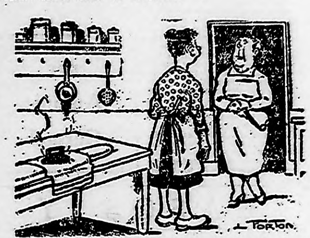
EL CAPELLAN.—Para verlos dormir con el sueño de los justos.



El guardia a la niña que se ha perdido). — ¿Y cómo es tu mamá?

—Una señora con el pelo cortado.

(De "Excelsior", de París).



—Dice usted que sabe planchar. ¿En qué conoce que la plancha está demasiado caliente?
—¡Muy sencillo, señorita! En que se tuesta la ropa, y huele a chamusquina.

(De "Péle Méle", de París.)



—¿Y se podrá llevar este abrigo en días de lluvia, sin que se estropee?

—Señora, no he visto nunca una marta con paraguas.

(De "London Mail".



—Desembarcamos en un islote cubierto de tal modo de langostas, que estaba rojo.
—¡Pero las langostas no son rojas hasta después de cocidas!
—Eso te dará idea de lo que quemaban los rayos del sol.

(De "Le Matin", de París).

LOS DIOSES PRIMORDIALES

LA EXCELSITUD DE PALES

I

INDUBITABLEMENTE discreto, el leyente conoce cuánta es la pertinacia secundada por el rudimentarismo, a que recurre la latinidad, precursora, y propagandista de lo convencional, para encubrir cuánto relaciónase con la grandiosidad del gentilismo, base de su propia mitología, en la que tantísimas peculiaridades ajenas hanse asimilado.

Surgido y difundido mediante el fervor con que las generaciones primitivas adoraban a la Naturaleza, de cada una de cuyas manifestaciones brota alimento para el cuerpo o estímulo vivificante para el espíritu, el politeísmo creó, como su nominación indica, los dioses, semidioses, y sus atributos, rindiéndoles los honores del culto: siendo una de sus primordiales advocaciones la Patrona de la Tierra, con la nominación de Pales invocada en las riberas del Tíber, en el Monte Palatino, contiguo a la ciudad de Palantio, fundada por Evandro, Héroe del Lacio e Hijo de Mercurio, centurias antes de edificarse la soberbia y acaparadora Roma.

De tal artificio, asaz exorbitante, deriva la circunstancia de que en los dominios de la ficción y del proselitismo, no solamente la ciudad imperial sea considerada como la cuna de un idioma matriz sino como el lugar escogido, el paraíso indiscutible de la civilización universal, cual si jamás hayan resplandecido los fulgores culturales de otros estados sociales descollantes.

Diríase que antes de la época romana carecían de organización las colectividades, de culto los sentimientos, de estética y de elegancia las artes plásticas. Y, encomiando cual fontanar etimológico las albercas lingüísticas, parece que las disidencias y tonalidades del léxico únicamente se deslizarán entre pláticas de sus oradores proclamados al rango de creadores de la elocuencia, dada su prescindencia en cuanto atañe a sus predecesores de diversos países orientales.

Y si en el campo de la sabiduría, el romano, sólo el romano, alcanzara el encumbramiento, en el de la producción sus deidades fueron las precursoras de los beneficios de la geoponía y de la ganadería, prescindiendo, premeditadamente, de Bahu, la deidad del Agua, y de Al-Thor, la Vaca divinizada de Egipto, que, con lluvia refrescante, bendicen y humedecen los sembrados, trocando los andurriales en ubérrimos terrenos, auxiliada, alegóricamente, por Talas y Carpó, las semidiosas del brote y del florecimiento.

Originario de la Palestina, la Tierra Divina, cual Shamnaan es la Tierra Sagrada, la Tierra del Sol, el culto dedicado a Pales, desdoblamiento femenino de Pan, condensación del Todo, es tan antiguo como los conocimientos preliminares del hombre. Es la Patrona sidérea de la buena Tierra, la Nominatriz de las Plantas, de los Plantíos, que, recorría, emblemáticamente bajo Palio: la Palma, el árbol preferido entre los predilectos.

Extendido por la cuenca del Mediterráneo, adopta homónimos de tal advocación derivados: el golfo de Patras, el Pales Meotis, o sea el Mar de Azof, el Palatino, el Palatinado, hasta llegar a las riberas levantinas de la Península Hespérica — nombre que recuerda a Espero, la Istar de Venus — donde se difunden su advocación y adoración tan extraordinariamente, que, nominan diversas poblaciones desde el levantino Palamós hasta las sierras des Pallars — Lares de Pales — que en ciertos tiempos diríanse que abarcaban a toda Cataluña; en el valle Arrits, del término de Sapeira - Pónva —encontrándose vestigios del nasterio benedictino de Alao — o sea de la virgen de la O — mentado desde el año 235 e indudablemente templo gentilicio en el apogeo del politeísmo o Palyiteísmo, dada su arquitectura y su antiquísima nominación — Pallarensis— dicho sea en latín, con el significado Ara de Pales.

El Patrocinio, pleno de cariño, careciente de preferencias extendieríase seguidamente por las Islas Baleares, — el Archipiélago Bahuleásico — erigiéndole templos en varios lugares, cuya mención limitaremos a los próximos Minor-Sham o sea a Mont Palau Parella, Pallaresa, Parc Parico, que han sufrido ciertas alteraciones lexicográficas, no siendo aventurado suponer que la ciudad occidental de Menorca tiene por antecesora una colonia que nominaríase Polidión, población de Dios; desde donde se efectuarían peregrinaciones periódicas colectivas, e individuales espontáneamente, a los oratorios de Mont-Palau, Palella, Paleresa y Pase; donde ofrecían a la reina de la Tierra, ante sus altares, además de la Candela Pascual, que sería el tronco encendido de algún árbol escogido, Panerets y Paneretas desbordantes de Panetes, Panellets, Pastissets, y otras pastas variadísimas, especialmente al celebrarse las Fiestas Pallicas sumamente concurridas por los moradores de la Palegesia Payesos Palisers, Pastors, Palets, durante el florido mes de abril y culminantes el día 21, al purificarse los establos con intercesión de la divina Bahú, Nuestra Señora del Agua, que ofrendaba el líquido elemento, y, por ende, cabe notar que se prescindía, por completo, de derramamiento de sangre; justificándose así los himnos glorificativos que en torno de montones de paja prendido entonaban las muchedumbres encabezadas por las Paleveros, mientras las parejas juveniles ejecutaban, al son del Fabiol, de las Caramellas, las danzas originariamente atribuídas a los rayos del sol al resplandecer y cintilar sobre la superficie del Canal Bahuleásico.

• • •

Discreto y complaciente lector: En medio del movimiento de las metrópolis extensas, centro de la civilización contemporánea, corresponde recordar que cuanto nos maravilla de la Tierra procede, cabiendo, por ende, elevar una plegaria informe y sincera en loor de la excelsitud de la diosa Pales.

por
Antonio
Cursach

GANESE VD. UNA LIBRA ESTERLINA



Todas las semanas se publican en esta página seis instantáneas de transeuntes, quienes aparecen con el rostro cubierto.

Las personas que crean reconocerse deben venir a CRITICA MAGAZINE, y el primero que llegue, y que efectivamente se haya reconocido recibirá como premio una libra esterlina.

CASOS Y COSAS DEL CINE

Malcolm Waite

LA ciudad de Nueva York perdió un buen agente de seguros el día que Malcolm Waite arregló su maleta y decidió ir a pasar unas vacaciones a Hollywood. Desde entonces M. Waite que había llegado a ser un actor de valía, dejó a un lado su libro de anotaciones con que en un tiempo convencía a sus "víctimas" de que debían proteger sus vidas y comprarle una póliza.

Al llegar a Rollywood e hoy famoso actor hizo una visita a Norman Kerry, antiguo amigo suyo, y a la sazón uno de los primeros actores de la industria. Mr. Kerry convenció a su amigo que debía probar "suerte" en el Cinema. Sin gran esfuerzo logró que se le diese una pequeña parte en la película en que él mismo trabajaba y, desde entonces cada día subiendo un escalón más, Mr. Waite ha llegado a ser una figura de prestigio en la escena muda, decidiéndose a dejar para siempre la venta de pólizas de seguros de vida. Es de notar que él jamás aseguró la suya.

Nacido en Menomine, Mich., el 7 de mayo de 1895, recibió su educación en uno de los colegios de la ciudad, trasladándose más tarde a Nueva York, en donde conoció a Kerrfly, el amigo que más tarde debía introducirlo en la escena muda.

Aunque en calidad de criado, Mr. Waite comenzó su carrera cinematográfica interpretando lo que en la ópera se entiende por "partiquino" en una película de Mary Pickford. Su actuación resultó tan lucida que al poco tiempo fué elegido para caracterizar un papel mucho más importante. Por las aptitudes artísticas mostradas en la interpretación de su papel, Charlie Chaplin lo escogió para que caracterizase "el barba" en su célebre "Gold Rush" Esta película lo catalogó entre los actores de valía y aseguró su porvenir. Desde entonces tomó parte en gran número de películas, caracterizando papeles de importancia.

En la actualidad caracteriza un papel importante en la producción de Eddie Cantor para la Paramount, "Kid Bools".

Mr. Waite mide seis pies y tres pulgadas de estatura, pesa 200 libras, tiene pelo y ojos negros, le agrada el futbol, la natación, el poo, e tennis y, en general, todos los deportes al aire libre. Se cree que legará a ser una de las grandes figuras de la escena muda.

NEPTUNO

En Neptuno el día dura unas 11 horas. Su diámetro es 4 veces mayor que el de la Tierra, y sus años son 195 veces más largos que los nuestros. El Sol se ve 30 veces más pequeño que desde aquí, y su luz es 900 veces menos intensa.

SILUETAS DE ARTISTAS DE CINE

El arte mudo y la música

Recientemente se interesó la opinión de algunos artistas del séptimo arte, acerca de la música.

He aquí varias respuestas que parecen escritas para satisfacer todos los gustos:

Ramón Novarro. — Mi emoción e siempre provocada por el juego admirable de la composición de Debussy "El claro de luna" y el vals de Rave.

John Gilbert. — Para alcanzar mayor realismo en mis emociones no encuentro nada como la música de la "Danza húngara" de Brahms, y las composiciones de Chopin.

Mae Busch. — Mi pieza de recurso es "Tristán e Isolda" de Wagner.

Eleonor Bualdman. — Me gusta Wagner y Beethoven.

Aileen Pringle. — A mí, deme "Kamenio-Otrosva," de Rubinstein.

Claire Windsor. — Escuchando el preludio de Rachmanicov, mi aspiración no hace más que aumentar.

Adolfo Menjou. — Amo los valses franceses y el "Danubio Azul" de Strauss.

Carol Dempster. — Que no me saquen de la música de Chopin y Beethoven.

Bessie Love. — Amo la música cuando la canta Francesca Irene Bordini.

Lya de Putti. — Yo adoro las danzas de mi país (Hungría), y la canción "Est-ce que je vous aime", popular por encima de todas.

Greta Nissen. — Estoy loca por la música de "Manón" y la de de Greig.

Bebe Daniels. — Amo las operetas y las zarzuelas.

Constance Talmadge. — El jazz, aun el jazz y siempre el jazz.

Norma Talmadge. — Adoro la sinfonía de Tchaikovsky y las canciones que glorifican a las madres.

Mae Murray. — Denme la "Serenata", de Toselli, y las baladas inglesas de estilo ligero.

URANO

Urano tiene un volumen 74 veces mayor que el de la Tierra. Un año de allá es como 84 de los nuestros. Visto desde Urano el Sol aparece 19 veces más pequeño que visto desde aquí. La Tierra es invisible a simple vista.

ACTUALIDADES DEL MUNDO LITERARIO



LA vida de don Francisco Podestá, uno de los propulsores de nuestra cultura en la época en que ser periodista era librar descomunales batallas con los Gobiernos malos y las Policías bravas, es un ejemplo de entereza y de sacrificio.

Periodista, educacionista notable, paleontólogo de primer orden, a punto que ha sido comparado con su gran amigo, el sabio Ameghino, don Francisco Podestá fué también poeta bien dotado, recio, sonoro, viril.

La edición póstuma de sus poemas, bajo el título de "Poesías", es un homenaje filial a la memoria del hombre ejemplar.

Más adelante nos ocuparemos con extensión de la obra de don Francisco Podestá.



¿Quién ignora la Editorial Maucci?

Generaciones de poetas y de profanos han gustado su célebre "Antología", difundida en toda América y España.

Los "Parnasos", Maucci eran el libro de texto en la pacata biblioteca del bardo primerizo y más de una iniciación literaria se nutrió en sus páginas numeradas hasta mil...

¡Mil páginas de poesía! Cifra fabulosa, sólo alcanzada, gracias a la ingenuidad de los editores barceloneses.

Actualmente la casa Maucci prepara una nueva edición de su "Parnaso Argentino", bajo la dirección de Valentín de Pedro.

En esta nueva tirada, figurarán varios poetas jóvenes argentinos que compartirán con los fósiles el panteón común: son ellos, entre otros:

Naló Roxlo; Leopoldo Marechal; Horacio Rega Molina; Luis Cané; Pedro Miguel Obligado y Francisco Luis Bernárdez.

José de España, el autor de "Psicología de Rosas" y "La mujer de Shangai", prepara un nuevo libro que se titulará: "Las muchedumbres argentinas".

La obra, constará de tres partes, que se titularán a su vez:

1.o "El espíritu de las masas".

2.o "El problema de nuestra organización".

3.o "Rosas y Rivadavia".

Esta obra será un estudio de psicología colectiva, aplicado a la dilucidación de dos problemas capitales de nuestra peculiar adscripción: el problema de nuestra jerarquización política y el problema de nuestra colonización agraria, cuyas raíces históricas y probables proyecciones futuras, serán estudiadas, también, en el mismo libro.

De su doctrina general basta, decir que ella tiende a señalar y establecer los cauces que han de presidir la canalización de los aportes inmigratorios en el seno de nuestra Nación, en vista de su rápida asimilación y fácil homogeneización de sus variadísimos grupos étnicos; condiciones indispensables al desarrollo progresivo de nuestra vida colectiva.

El editor Manuel Gleizer reanuda sus actividades. Son muchas las obras que piensa editar este año, teniendo en prensa las siguientes:

Marcelo Peyret — "Cartas de amor", 2.a edición y "Los pulpos", 2.a edición.

Melián Lafinur. — De este conocido escritor ha mandado a la imprenta un libro de cuentos: "Los métodos de Cleopatra", que llamará la atención de la crítica y del público.

Luis L. Franco — "Coplas del pueblo", primer libro de este autor que figurará en su colección.

Por su parte Luis L. Borges le entregará en breve, al mismo editor Gleizer, un nuevo volúmen de versos, "Cuaderno San Martín", fruto de su estética libre.

Luis L. Borges se incorpora así a las figuras jóvenes sobresalientes que han sido o serán editadas por Gleizer, que prepara también una reedición de "La Jofaina Maravillosa", el hermoso libro de Gerchunoff, con un estudio preliminar del mismo.



Autobiografía

Me llamo Roberto Cristopersen Arlt, y nací en una noche del año 1900, bajo la conjunción de los planetas Saturno y Mercurio.

Me he hecho sólo. Mis valores intelectuales son relativos, porque no tuve tiempo de formarme. Tuve siempre que trabajar y en consecuencia soy un improvisado o advenedizo de la literatura. Esta improvisación es la que hace tan interesante la figura de todos los ambiciosos que de una forma u otra tienen la necesidad instintiva de afirmar su yo.

Creo que la vida es hermosa. Sólo hay que afrontarla con sinceridad, desentendiéndose en absoluto de todo lo que no nos hace mejores, pero no por amor a la virtud, sino por egoismo, por orgullo y porque los mejores son los que mejores cosas dan.

Actualmente trabajo una novela que se titulará "Los siete locos", un índice psicológico de caracteres fuertes, crueles y torcidos, por el desequilibrio del siglo.

Mis ideas políticas son sencillas. Creo que los hombres necesitan tiranos. Lo lamentable es que no existan tiranos geniales. Quizás se deba a que para ser tirano hay que ser político y para ser político, un solemne burro o un estupendo cínico.

En literatura leo sólo a Flaubert y a Dostoiewsky, y socialmente, me interesan más el trato de los canallas y los charlatanes que el de las personas decentes.

Roberto Christophersen Arlt

Palomar triunfa en Río de Janeiro. — Un artista argentino que se impone—

En la exposición de arte decorativo que se realiza en estos días en el Palace Hotel de la Avenida de Río Branco, de Río de Janeiro, figuran tres acuarelas de nuestro compatriota Palomar que se halla radicado en esa capital.

Una de ellas representa una perspectiva de las famosas palmeras de la Rúa Paysandú, y las otras dos, son aspecto de la Bahía de Guanabara.

Han gustado mucho, habiendo sido muy felicitado su autor por los miembros de la comisión organizadora de la exposición.

Anotamos complacido este triunfo de Palomar, nuestro compatriota tan estimado en nuestros círculos artísticos y en nuestra amistad bohemia.





"PARECERES"

"Pareceres", la interesante revista de Literatura, Arte y Política, ha lanzado un nuevo número, en el que descuella un artículo de Juan Antonio Villoldo sobre "La reforma de los estudios jurídicos".

¿Con cuántas composiciones figuran los poetas jóvenes en la Antología de Noé?

Bernárdez, con 6
Borges 6
Brandán Caraffa 1
Cané 4
Córdova Iturburu 5
Franco 8
González Tuñón 1
Marechal 2
Rega Molina 9
Naló Roxlo 4

Anécdota literaria

—Poeta se nace, replicó contundentemente un día, Alfredo R. Bufaud, a Raúl González Tuñón, que se reía de sus versos dominicales en "La Prensa".

—¿Quiere participarme — le repuso el poeta del "Violín del Diablo", — cuando ocurrirá su segundo nacimiento?

TARDE SENTIDA

En medio de la tarde,
Somos dos corazones
Latiendo la tristeza del paisaje,
Todos los caminos están regresando.

Hablemos más despacio,
O no hablemos,
Porque el tiempo se atarda cuando cruza silencio
Para construir este momento
Dame toda tu pena,
Vivir es la tristeza de ir haciendo recuerdos.

¿No sientes cómo en nuestros pechos,
Una muerte pequeña?

Otra tarde,
Otra jornada hacia el final del tiempo.
Ya hemos hecho otra legua irremediable.

PONDAL RIOS.

EL CAMPEONATO MUNDIAL DE PELOTA A MANO

Observaciones del señor Juan Esteban Ezcurra

EN "La Nación" del día 6 del corriente, se ha publicado un artículo del señor J. Miquelarena, que da cuenta del resultado de tres partidos jugados en España en tres distintos frontones entre los jugadores de mano limpia, Mondragones y Atano III.

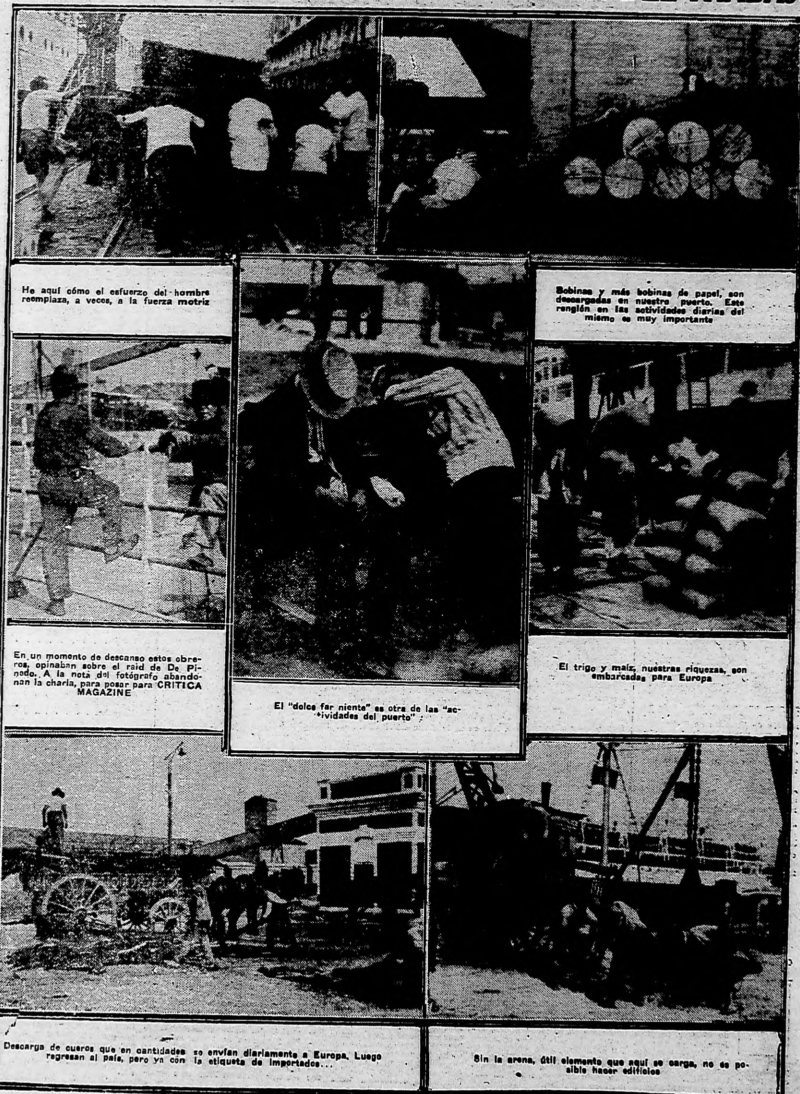
La crónica es realmente interesante, sobre todo en la parte que se refiere al triunfador del campeonato, Atano III, cuyo retrato hace el famoso crítico de pelota, don Juan de Irigoyen, que en entusiastas frases, pone de manifiesto de una manera evidente, que el juego de pelota a mano limpia, es un verdadero arte y que ha encontrado en Atano III el artista más completo de los que lo han practicado en el mundo... según el crítico Irigoyen, y en España, según mi manera de apreciar.

La crónica omite decir que el juego de mano limpia, se practica no sólo en canchas abiertas (frontones), sino también y tal vez con mayor difusión, en canchas cerradas (trinquetes), como las llaman en Francia.

Nadie ignora ya, la diferencia fundamental que existe entre una cancha abierta y una cerrada, por lo cual no me detendré a establecerla, de manera que no encuentro razonable, ni tampoco ventajoso para el deporte, que indiscutiblemente, evoluciona cada vez más hacia la práctica en cancha cerada, que el señor Miquelarena otorgue a Atano III el título de campeón mundial de pelota a mano limpia, sin licitación, debiendo en cambio haber aclarado que se trataba de un campeonato a efectuarse exclusivamente en cancha abierta, lo cual limita su superioridad sobre los jugadores de "frontón", pero no sobre los de "trinquete".

No me extrañaría mayormente que si Atano III fuera a jugar a los trinquetes en Francia o viniera a hacerlo en Montevideo y Buenos Aires, se encontrara perdido entre los recursos científicos de las canchas cerradas, y fuera vencido allí, por los mejores franceses como los hermanos Dougaltz y Arce; en Montevideo por los mejores uruguayos como Pedrito y Larrinaga, y en Buenos Aires, por los mejores españoles residentes y los mejores, Morey y Uranga y los mejores argentinos, como El Entrerriano, Paisanito y García (chico).

EN EL PUERTO DE BUENOS AIRES: TEMPLO DEL TRABAJO



He aquí cómo el esfuerzo del hombre reemplaza, a veces, a la fuerza motriz

Bobinas y más bobinas de papel, son descargadas en nuestro puerto. Este renglón en las actividades diarias del mismo es muy importante

En un momento de descanso estos obreros, opinaban sobre el raid de De Pinedo. A la nota del fotógrafo abandonan la charla, para posar para CRITICA MAGAZINE

El "dolce far niente" es otra de las "actividades del puerto"

El trigo y maíz, nuestras riquezas, son embarcadas para Europa

Descarga de cueros que en cantidades se envían diariamente a Europa. Luego regresan al país, pero ya con la etiqueta de importados...

Sin la arena, útil elemento que aquí se carga, no es posible hacer edificios